

LETRAS REGIONALES



REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Año II. — Número 14

PRECIO: UNA PESETA

ÍNDICE DE ESTE NÚMERO

Arturo Campión. El último tamborilero de Erraondo (novela vasca).—*S. y J. Alvarez Quintero.* La hija de la Canela (poesía).—Bellezas Españolas: Zamora: Puerta del Mediodía de la Catedral (grabado).—*Antonio Reyes Huertas.* La víctima (cuento).—De la España pintoresca y gloriosa: una boda en Lagartera (Toledo). (Grabado).—*Angel Marina.* Nuestro pan (poesía extremeña).—De la última Exposición Nacional de Bellas Artes: «De Endecha», por *Paulino Vicente* (grabado).—*Julio Santa María.* Juegos de Niños (cuento).—En las Ermitas de Córdoba: La Oración del Ermitaño (grabado).—*S. Ramos Almodóvar.* El Ermitaño de Córdoba (novela que comenzó a publicarse en el mes de Enero).—**Crónicas:** GALICIA: *José Romero Cuesta.* Peregrinaciones: Compostela. Sus piedras y sus risas.—VALENCIA: *Alfonso Carbonell.* Crónicas Alcoyanas. Fernando Cabrera y la Fiesta de la Provincia.—**Muchas cosas en pocas líneas.**—**Leyendo Revistas y periódicos.**—**Literatos Nuevos:** *Jesús Riego:* Sacrificio.—*María Gloria Lázaro:* Anochecer.—*Andrés Casanovas Marqués:* La Campana.—*Fortüm-Dat:* Mi Oración.—*F. Ontiveros.* La vida.—*Pedro Rebollo Linares.* Eróticas.

Novelas extremeñas de Antonio Reyes Huertas

«Los humildes senderos.» «La sangre de la Raza.» «La Ciénaga.» «Agua de — Turbión.» — «Fuente Serena.» —

De venta en todas las buenas librerías.

— — Gran éxito de librería — —

Fruta de Aragón por G. García-Arista y Rivera
Envío 1.º—*Enverada.* Id. 2.º—*Excoscada.*
Id. 3.º—*Abatollada* (en prensa)

EN TODAS LAS LIBRERIAS

“La Papelera de Cegama”

(S. A.)

Fabrica de Papel Continuo

CEGAMA (Guipúzcoa)

Papeles de Edición. Litografía
y de escribir

Dibujo. secante, pluma, barba,
pergamino y registro

Papeles rayados, lisos, verjurados
y con filigrana

Especialidad en papeles tela

— y cartulinas —

La Española

Talleres de Imprenta

Impresión esmerada de Obras
Folletos, Circulares,
y toda clase de modelación
para Oficinas y Comercio
Prontitud y economía

Librería, 28

Córdoba

LETRAS REGIONALES

REVISTA MENSUAL

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Novelas, Cuentos, Leyendas, Poesías, Ilustraciones, Historia literaria, Críticas, Páginas femeninas, Folklore, Crónicas, Sección "Literatos Nuevos", Concursos, Bibliografía, & &

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

COLABORADORES: Armando Palacio Valdés, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, R. Alcover, G. Alvarez Limeses, F. Arocena, J. Arrarás, F. J. de Arvizu, M. R. Blanco-Belmonte, A. Blanco Lon, J. Barcia Caballero, Constantino Cabal, Arturo Campión, Carmen Carriedo de Ruiz, Eugenio Carré, Luis de Castro, Antonio de Cora, Juan Luis Cordero, Carlos Luis de Cuenca, Jorge de la Cueva, «Curro Vargas», Luis Chamizo, G. Díaz Caneja, Narciso Díaz de Escovar, V. Díez de Tejada, Concha Espina, Eladio Esparza, J. Fernández y González, M. Fuentes Jorge, G. García-Arista y Rivera, F. Castán Palomar, Juan Jesús González, Macario Golferichs Losada, Juan Gutiérrez Gili, M. Huerta Marín, Publio Hurtado, José M.^a Iraburu, Benjamín Jarnés, Lorenzo López Cruz, J. López Prudencio, Luis G. Manegat, «Maricruz», Angel Marina, Augusto Martínez Olmedilla, José M. Matheu, «Mirabal», A. Montenegro Saavedra, Luis Montoto, J. Ortiz de Pinedo, Rafael Pamplona, A. Pelairea, José M.^a Pemán, Huberto Pérez de la Ossa, Antonio Porrás, Emiliano Ramírez Angel, A. Reyes Huertas, Lorenzo Riber, Ramón Robles, Julio Santa María, María Sepúlveda, Yago-César de Salvador, Manuel Siurot, Ignacio Socías Aldape, Francisco Valdés, J. de la Vega, Luis Antonio de Vega, A. Villar Ponte, Tomás Yoldi Mina, José Zalba y otros muchos.

Oficinas: Encarnación, 19. — CÓRDOBA (España)

Precio de suscripción anual: en España, Portugal y América, 12 pesetas. Extranjero, 20

AL EMPEZAR

EN EL RINCÓN PROVINCIANO...

En el rincón provinciano, se ha encendido una luz...

Con nobles anhelos e ilusiones desplegadas, sale al mundo de los lectores ibero-americanos la revista LETRAS REGIONALES. Ni de trascendentales iniciativas, ni de programas largos y enrevesados, hace alarde la nueva publicación, en su comienzo. Sencillamente, venimos a reflejar el sentimiento puro y hondo que late con vigorosa personalidad en cada una de las Regiones españolas, encumbrándolas hacia el Arte, bellamente y por todos los medios expresado.

Después de un casi general letargo, se levanta briosamente el espíritu regional de España. Bendito sea este resurgimiento que mira a las pasadas grandezas, y se apoya en su memoria para crear grandezas nuevas.

Los lenguajes gloriosos, los trajes pintorescos, las monumentales riquezas, la poesía y costumbres populares... Todo esto se fortalece y se saca a luz, con valeroso estímulo, en estos días. Salvo muy pocas excepciones, los más grandes éxitos actuales, el arte regional los consigue.

Esta revista, exclusivamente dedicará sus páginas a propagar la literatura y el arte de las Regiones españolas. A muchos y muy notables escritores debemos gratitud porque nos honran con su prestigio, guiándonos en la empresa. Dentro de las normas que la Religión y la Patria nos fijan, de todos aceptaremos colaboraciones y consejos. Entre el gran número de publicaciones ibero-americanas, nace hoy una más que con todas quiere vivir amistosamente.

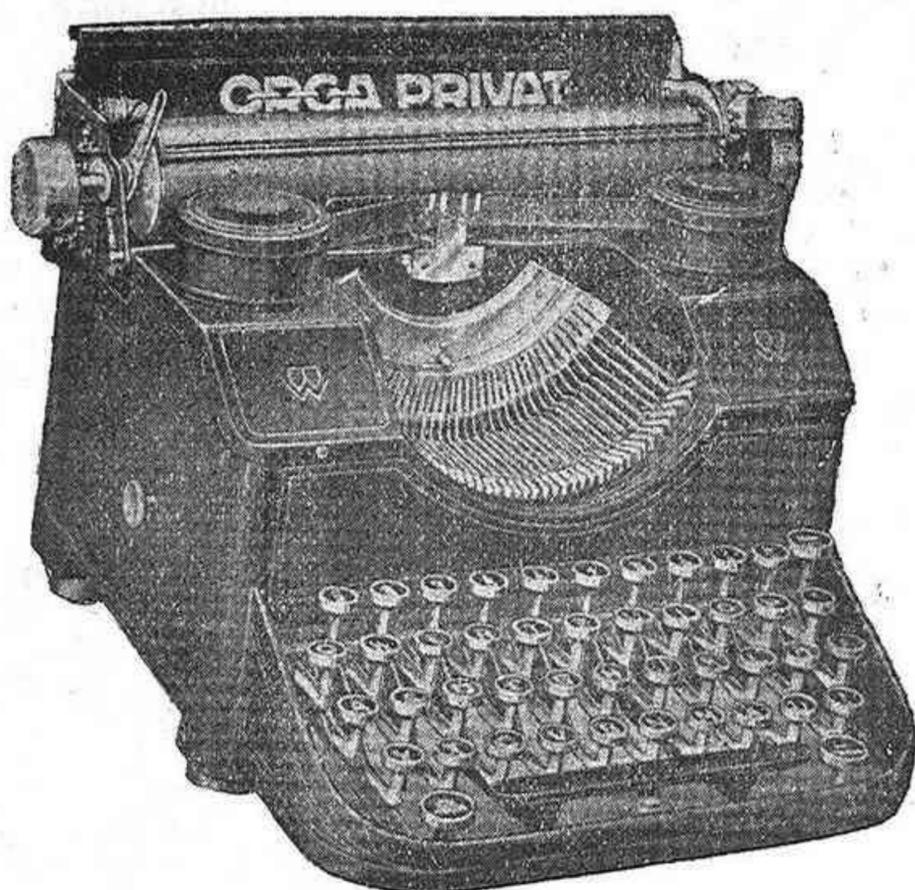
Tanto en la forma como en el fondo, grandes reformas caben en LETRAS REGIONALES. Si los literatos españoles y los amantes de literatura y el arte regional quieren, todas esas reformas serán, poco a poco, realidades.

En el rincón provinciano, tranquilo y apacible, se ha encendido una luz... Que sea desde cerca, lumbre acogedora de hogar. Que brille desde lejos con fulgores de estrella...

(Del número 1 de LETRAS REGIONALES. Julio de 1925)

¡La maravilla de las maravillas!

La máquina de escribir perfecta



ORGA PRIVAT

Todas las cualidades de las más caras, y precio inferior a la más barata de todas las conocidas.

Pesetas 700 al contado

Detalles, demostraciones gratis, pidiéndolos al

Representante general
para España:

R. Wirth Svalina

Lealtad, 8 — MADRID

Representante para Córdoba
— y su provincia: —

D. Manuel Lama Pérez, Alfaro, 78



LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES
EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

Año II

Agosto de 1926

Núm. 14

EL ÚLTIMO TAMBORILERO DE ERRAONDO

Al P. José Antonio de Donostia, (O. M. C.)

POR ARTURO CAMPION

I

Los rayos matinales del Sol doraban el sombrío cuerpo de Tetrikápolis-Alemánica: sol de mayo festejado por el piar de los nidos y el suave aroma de las flores.

Tan alegre como el sol y los pájaros salía por el portal de San Nicolás Pedro Fermín Izko. Las pocas personas con quienes se iba encontrando volvían la cabeza curiosas. Aunque la boina, las alpargatas y el tipo de Pedro Fermín eran los del país, le acusaban de forastero los colores de la tela y la hechura de la ropa, notoriamente exóticos, como de campesino de lejanas tierras. Pero, sobre todo, se llevaban la atención de las gentes el silbo y el tamboril, colgados del cuello.

—¡Vaya un viejo divertido!—decían o pensaban los caminantes.

Porque Pedro Fermín era viejo, y más viejo de lo que a primera vista parecía. Delataban la vejez, las arrugas de la cara barbilampiña, la falta completa de dientes en la boca sumida y las canas de su poco poblada cabellera. Pero los años no pasaban sobre los hombros erguidos, ni le trababan las piernas ligeras, ni le enturbiaban la mirada gris de los ojillos, ni le enronquecían la respiración del pecho, ni le alteraban las pulsaciones del corazón. Llevaba el hatillo de ropa pendiente de un palo, y el paraguas en la diestra.

¿Cuántos años tenía? *Irurogoi ta amar eta...* (setenta y ...) habría contestado en su lengua materna, única que hablaba de corrido. Los años, agazapados debajo de la copulativa *eta*, pedían un cálculo difícil y la ayuda de recuerdos particulares; es decir, una labor inútil y fatigosa. El sólo daba

valor a los *amarrekos*, y sabía con certeza que no contaban todavía para él los ochos.

Asímismo conocía el número cabal de su residencia en América, que eran cincuenta, transcurridos desde que, apenas cerró los ojos su padre y maestro de música, Martín Izko, el *tchuntchunero* del valle, emigró de la pobre aldea por no servir a Carlos V ni a María Cristina. ¡Cincuenta años! Relámpago fugaz de estío, vuelo raudo de gavilán, largo espacio de la breve vida, disipado en el insondable abismo del tiempo. Cincuenta años al servicio de Araluze y Compañía de Buenos Aires, curtidores y salazoneros famosos y riquísimos, dueños de la descomunal estancia «Los Papagayos», donde prestó sus servicios de pastor, único que él sabía.

Pasó de la rústica aldeúca nabarra al desierto de las Pampas, sin que la ignorancia pueril del entendimiento se enriqueciese con nuevas ideas, ni los candorosos afectos del corazón descubriesen desacostumbrados blancos al apetito. Nació y vivió en la monótona margen serena de la civilización pastoral, como si aun perdurasen los días bíblicos de la primitiva Caldea.

Baskos de ambas vertientes del Pirineo poblaban la estancia. Nacidos en bordas y caseríos montañoses, inhábiles para ganarse el pan en las ciudades, la necesidad y los instintos inconscientes de su propio natural de consuno los arrastraban al campo, y allí reanudaban los inveterados hábitos, rindiendo gustosamente parias al nativo individualismo.

En las múltiples labores de las nu-

merosas lecherías se ocupaban mujeres baskas y campesinas como ellos. Concertábanse muchos matrimonios, y las nuevas familias habitaban casas sueltas, al estilo de la tierra patria. Eran allá todos baskos, desde el capataz D. José *el barbudo*, natural de Goizueta, al capellán de la iglesia, D. Fulgencio, natural de Bermeo, que después de una vida relajada y aventurera, herido de la gracia, se había retirado al desierto por ganarse la vida eterna. Y era todo basko también: las costumbres, los juegos, las diversiones, el idioma; ¡hasta los loros de los bosques circunvecinos hablaban baskuenze! Diminuta Euskal-Erría, íntegramente baska, cuyos mojones no traspasaban las horrendas pasiones de política extranjera, arrasadoras de la grande.

* * *

Cincuenta años de vida sana, inocente, sin quebraderos de cabeza, ni vicios, ni penas de ningún bien perdido, ni recuerdos siquiera. Descuajado del terruño nativo, arraigó con vigorosas raíces en la tierra argentina, olvidándose totalmente de la aldea y de la patria, de los deudos y de los amigos lugareños. Escribió una vez diciendo dónde se hallaba. y le escribieron otra comunicándole el fallecimiento de su hermana única. Entonces advirtió con sorpresa que las cosas de allende los mares no le interesaban.

Los honrados y celosos servicios, unidos al natural despejo, le encumbraron paulatinamente a rabadán de la cabaña mayor. Ganaba un jornal subido, que casi se lo economizaba sin merma. En semejantes soledades sólo

los jugadores podían gastarse el dinero. No le ensoberbeció la prosperidad, y de rabadán grave siguió tocando, en la campa de «Los Papagayos», el mismo *tchuntchun* con que se ganaba unos cuantos pesos anuales de añadidura cuando era ínfimo pastor, mozo recién venido de la aldea. Mas ahora tocaba de balde, por el gusto de condescender con los jóvenes, y sobre todo por amor a la música, al rústico *chistu* agrio, que en los labios habilidosos de él eclipsaba al pico de los ruseñores.

Apenas ponía los pies un nuevo basko en la estancia, buscábale Pedro Fermín y le hacía cantar y tararear todas las canciones y bailes de la comarca. Aumentábase el repertorio del *tchuntchunero* continuamente. Al cabo de unos cuantos años abarcó el círculo musical entero de la tierra baska, esmaltado de estupendas y exquisitas «antiguallas», que sólo los «abuelos» de las más escondidas caserías podían transmitir a sus descendientes. La música aquella fué cruzando sus tenues hebras—hiladas por la novia que espera, la madre que mece la cuna, la esposa que escruta el horizonte marino aturbonado, la segadora que corta el helecho, las parejas que bailan sobre la era—en torno del corazón de Pedro Fermín, hasta aprisionárselo entre irrompibles mallas.

Ello es que Pedro Fermín cierto día, de súbito, sin causa aparente, después de años de profundo olvido, recordó su aldea, su casa, sus deudos, como si el baskismo, diluído en la música, emanación directa de la personalidad racial, hubiese tomado cuerpo, formándole de la materia de las primeras co-

sas baskas que la niñez le hizo conocer. Luchó consigo mismo, pretendió reírse de la inexplicable cariñada, torcer el curso impetuoso de los redivivos afectos, arrancar los brotes inesperados del terruño natal... Fué en vano; y al fin se presentó a D. José *el barbudo* para arreglar las cuentas.

Don José procuró disuadirle: «¿Qué vida va usted a llevar en aquel villorrio de mala muerte, desconocido en los mapas, donde nadie tiene noticia de usted ni le quiere? Su familia acaso habrá desaparecido—como sucede con la mía, ¡caracho!—; a lo sumo, encontrará unos cuantos sobrinos, y será usted el «tío del herencio», el tío cuya muerte se desea durante todo el año, rezándole novenas a Santa Pulmonía y a San Torozón, para que le metan cuanto antes en el hoyo. Hoyo para usted, pesebre para ellos. Supuesto el cambio sobre Europa, perderá una parte, nada pequeña, del modesto capital. Modesto, sí; no haga usted visages de protesta. Es claro: en Rahondo será usted como Rosthschild en Londres. ¿Se cansó de trabajar? ¡Enhorabuena! Bien ganado tiene el descanso, ¡caracho! Le construiremos a usted una casita en la estancia; vivirá ricamente en medio de esta gran familia, que tan de veras le aprecia. Seguirá tocando el *chistu*, y bailarán los nietos de los que ahora bailan, porque usted ha de vivir más años que los cuervos. Y si prefiere probar de la vida ciudadana, tampoco faltan ciudades y poblados en la Argentina; aunque a usted no le crió Dios para las calles, sino para los montes.»

«¡Ciudades, no; ciudades, no!—fué

la contestación de Pedro Fermín—. Aldeas; pero la mía, la aldea en que nací y en la que pienso morir.»

No hubo modo de cambiarle el propósito. Las razones resbalaban sobre la corteza impermeabilizada del cerebro, sin llegar al meollo. Se liquidaron las cuentas; dejó a rédito el capital en manos de «Araluze y Compa a»; diéronle éstos una carta de crédito para el banquero de Iruña «Olaso e hijo mayor», y se embarcó, llevándose consigo el tamboril, deleite y alegría de «Los Papagayos».

«Entre los parches de esa valija va encerrada el alma de Pedro Fermín», dijo, riéndose, D. José el *burbudo* al despedirse. Y los oyentes asintieron a aquella observación aguda.

II

Ahora, Pedro Fermín, recién desembarcado, camina fijos los ojos en las moles de Izaga y Elo, hitos naturales del valle patrio, vestidos de azul por el ambiente limpio, y por el sol primaveral, de oro.

Camina despacio adrede, a no llegar temprano. Su propósito es de entrar en la plaza de Erraondo después de vísperas, a la hora del baile, y obsequiar a sus paisanos, con las más dulces tonadas del tamboril, de las de antiguo sabidas y de las que aprendió después. Sonri se ante el cuadro que su imaginación le pinta: la plaza inundada de sol; el alcalde y los viejos sentados debajo de los tres frondosos nogales del centro; los mozos y las mozas distribuidos en grupo, a la espera de que las agudas notas del *chistu* se levanten

sobre los sordos golpes del *tchuntchun*, como banda jovial de alondras sobre los pardos surcos... Y él, presentándose de improviso, la gente curiosa se al ndosele con el dedo, atrayendo sobre sí las miradas de todos y profiriendo con voz estentorea: «Yo soy Pedro Fermín Izko, de la casa de Mandazain», y por remate, el *Iguruko*, tonada especial del valle, una sola vez oída al año, y la juventud, enardecida, desbord ndose briosamente en la tradicional *karrikadantza*, al son de la predilecta música inesperada.

A mitad del camino, junto a una fuentecilla del soto que Pedro Fermín seguía, por apartarse del polvoriento camino real, descansó, comió su provisión de víveres y bebió un trago de agua fresqu sima «a la salud de los baskos de su pueblo y de todos los baskos del mundo.

* * *

Jadeando un poco, por razón de la empinada subida, se detuvo sobre el alto de Mendinueta a contemplar el valle paterno, distante, pero ya visible. Estrech base el llano entre los montes, cuyas faldas recogían las once aldeas diseminadas formando círculo en derredor de su capital, Erraondo, al pie de las lomas de Bizkayeta y a orillas del riachuelo Izaga.

Pedro Fermín aguz  la vista, se froto los ojos como para mejor empaparlos de luz, exprimió el contenido de los antiguos recuerdos borrosos... Dudaba de su visión, dudaba de su memoria, dudaba de la realidad de sus sensaciones...; veía pe as calvas, cauces secos de arroyos, grupos de flacos chopos

torcidos por el noroeste: un campo triste, sin verdor, sin pájaros: un horizonte mustio, de terrosas colinas amarillentas... «Dónde están mis hayales —exclamó—, dónde mis robles, dónde mis fragantes prados? ¿Quién secó mis arroyos, qué red cazó a mis tordos, a mis gallos, a mis oropéndolas? ¿Acaso equivoqué el camino y me desvié hacia el país de los *kokos*? (1).» Se resregó varias veces los párpados y recorrió delante de sí el espacio con la vista. Mil pormenores le certificaron el acierto del derrotero seguido. Recordó las dos guerras civiles que mediaban entre la emigración y el retorno.

A ellas achacó la causa mayor de la mudanza. «Habrán talado los bosques por pagar las deudas, y con los árboles, a una, desaparecieron agua, pájaros y prados.» En nombre de su íntima tradición baska maldijo a las guerras tradicionalistas extranjeras.

* * *

Entró en la plaza de la aldea, solitaria y desierta. Algunos perros juguetaban revolcándose en el polvo. Los tres nogales, trono y dosel de alcaldes, habían sido cortados de raíz. Una mujer, por su manera de andar, joven, cruzó de acera a acera. Le extrañó el vestido negro, la pañoleta del mismo

(1) *Koko* significa, según los diccionarios, fantasma, máscara, bobo, majadero. En Nabarra, los *bas-kos* llaman *kokos* a los habitantes de los valles que no son el suyo; por ejemplo: en Baztán, a los *ulzameses*; en Ulzama, a los de Juslapeña, etc. En el mercado de Tolosa llaman, o llamaban—pues la persona que me lo refirió es de años—, *kokos* a las mujeres que venían de los valles nabarros de Araiz y Larraun; pero en Larraun dan ese nombre a los naturales de Irurzun y sus aldeas vecinas. Nadie quiere ser *koko*; mas por la transferencia del nombre resulta que todos lo son.— (N. del A.)

color anudada debajo de la barbilla, las sayas largas y estrechas. Viniéronle a la memoria las tocas chillonas, las trenzas colgantes, las amplias mangas de lienzo casero, pero blanquísimo; el justillo gris, el pañolón de colorines sobre el pecho, el refajo rojo, a media pierna, de las mozas de antaño. Miró al reloj de la torre; la hora de las vísperas era muy pasada; por tanto, la gente habría salido ya de la iglesia. Cumpliendo el propósito conque a sí mismo se recreó durante largos meses, represó la onda de tristeza que le comenzaba a sumergir el corazón, subió el *chistu* a los labios y esparció las notas alegres del *Inguruko* y los pausados golpes rítmicos del tamboril, mientras en la acera solitaria de la casa consistorial daba pasos solemnes de procesión.

La plaza, que momentos antes, al parecer, dormía a pierna suelta, se despertó súbitamente. Abriéronse puertas y ventanas, asomáronse caras curiosas, se preguntaron unas a otras las vecinas el por qué de aquella música, sonaron carcajadas y exclamaciones de sorpresa, voces y silbidos de burla, y salieron de todas las esquinas y de todos los zaguanes, corriendo y gritando desaforadamente, chiquillos que rodearon al *tchuntchunero* y le contemplaron, más abiertas aún las bocas que los ojos, como a bicho raro.

Tras los niños vinieron mozos y mozas. El corro, muy compacto, impedía a Pedro Fermín moverse. Pronto observó que todos hablaban el castellano; pero no el meloso, suave y musical de América, acariciador de oídos con dejes y estelas cariñosas, sino un

castellano duro, rajante, contraído, modulado con asperezas de carretero. La onda de tristeza rompió el mal estribado dique y le anegó el corazón. «¿Este es mi pueblo?», pensaba, con ganas de llorar. Las lágrimas sonaban en el *chistu*, y los destellos alegres del *Inguruko* se iban obscureciendo, como las ilusiones, delante de la imprevista realidad. Despechado, dió tres o cuatro notas agudas, y se calló: brevísimo silencio, interrumpido por ensordecedora gritería. Un mozo muy moreno fijó descaradamente la mirada de sus ojos claros en el rostro afligido de Pedro Martín.

—La borrachera, o qué, t'ha dau por chiflar, agüelo?—preguntó, riéndose con malicia.

Pedro Fermín comenzó a declarar en baskuenze sus propósitos.

—Nosotros no semos montañeses, ¡rejones! ¡Gaárdate tu vaskuenz pa los d'arriba!—dijo el mozo, interrumpiéndole y señalando con el dedo las montañas del Norte.

—¿Pues qué sois pues?—replicó Pedro Martín—. ¿Gauchos, negros, o? Yo, aquí nasiro; aquí, montañés de baskuenze, montañés de Montaña. Me vengo d'América; mi primer pensamiento, vosotros por hacer bailar tamboril ha tocaro.

—¿De veras, agüelo, eres de Rahondo? ¡A mí nadie me mete la patata! ¿De Rahondo, y bailar de esa traza? ¿Con el *chulubit* de los capadores? ¡Cenón, trai ad'aquí la vigüela! Aura verá el agüelico nuestro baile. Si de veras es del pueblo, y endemás americano, hay que obsequiale. ¡Hala, hala! ¡Venidsus adaquí, saladas; tú, Lo-

renza, Leocadia, Rosa... toas! ¡Leña, güena jota; arre!

Tomó el mozo la guitarra que Cenón le tendía y, rasgueándola con mano ruda, entonó a grito pelado la siguiente copla, por mozos y mozas ágil y airosamente danzada:

¡Ay qué burro soy, qué burro soy,
Se me fríe el almaa!

¡Ay qué burro soy, qué burro soy;
Abrime la cuadraaa!

¡Ay qué burro soy, qué burro soy,
Del suelo la pajaa.

¡Ay qué burro soy, qué burro soy,
Será nuestra cama!

Pedro Fermín, recostado contra la pared, extendidos desmayadamente los brazos a lo largo del cuerpo, contempló el bullicioso baile a través de la nube de polvo que envolvía y blanqueaba a las parejas. Las fiestas domingueras de antaño se le pintaban en la memoria con sus más nimios pormenores. Los cuerpos, las cosas, los tipos, la complexión de la gente no habían variado; los modales, los gestos, el tono de la voz, el idioma, los trajes, sí. Los cincuenta años que habían intensificado el baskismo de Pedro Fermín habían borrado completamente el de su aldea, y no acertaba a entender, a la escasa luz de su inteligencia inculta, los porqués de la deformación sin el asiento, por lo visto no acaecido, de gentes extrañas en la tierra.

Cuando se acabó el baile, los mozos, aunque cerriles, liberales y hospitalarios, se empeñaron en obsequiarle con vino y merienda. Condescendió Pedro Martín, al cabo, con la porfía del buen corazón de ellos, y los siguió a la taberna, donde, por encubiertas

preguntas, averiguó que en la casa de los Izkos ya no quedaba ninguno de su sangre, salve una sobrina tercera casada con labrador, hijo de un valle comarcano. Esta noticia fué como la última pesa que hizo caer las balanzas, y determinó de partirse a América, por cerrar allá los ojos, cuando sonase la hora, entre los baskos de la estancia argentina.

De cuanto le oyeron al «agüelo» los mozos, lo que más los maravilló es que el nombre de la casa de los Izkos, o casa de *Mandazain*, que ellos pronunciaban de continuo, fuese baskongado. De esta manera aprendieron un vocablo de aquel guirigay que hablaron en su tiempo, según contaban ellos mismos, los dos o tres «agüelicos» ochentones de la aldea.

III

Pedro Fermín, que movió de madrugada piernas juveniles, arrastra a la hora del atardecer pies añosos. No mantiene erguida la cabeza, sino que la recuesta sobre el pecho desmayado, yermo de sus postrimeras ilusiones. Llega con el corazón anheloso, más de sentimiento que no de cansancio, a la cima de Mendinueta, donde un caduco roble solitario ofrece diminuto renuevo entre los brazos descarnados, en son de flaca protesta contra la muerte. Pedro Fermín le mira con cariño y tristeza. «Eres como yo—dice—: un testigo de las cosas que fueron; la sequedad y el polvo te rodean, como a mí. Pronto morirás, como yo moriré pronto, y

entonces ni aun recuerdo del bien perdido sobrenadará en la memoria de otros dos viejos. ¡Oh miseria sobre todas las miserias: ni aun el recuerdo!»

Antes de proseguir su ruta, quiere contemplar por última vez su valle, ya lejano. Las cumbres de Izaga y Elo reciben, sobre sus caperuzas de niebla, los nacientes fulgores de las estrellas crepusculares; arrebújanse en mantos negros los apiñados montes del septentrión; la Val de Orba, al Sur, recorta con sus crestas azuladas el cielo radiante de la Ribera.

Pedro Fermín vuelve a contemplar el caduco roble solitario.—«Tal vez—dice—algún pájaro, atraído por el verdor de tu renuevo, se posará sobre las tenues y escasas ramitas, y te obsequiará con su canto como cuando te adornaba espeso follaje. Sea yo el pájaro que cante el adiós a mi tierra, más lóbrega que el árbol; a mi tierra, descastada, sin renuevos.»

Según lo piensa lo hace. Sentado al pie del roble, con habilidad nunca por él superada, porque nunca penetró tan hondamente en el sentido íntimo de la música baska, va tocando, una después de otra, las tonadas predilectas, hasta que la congoja le oprime y las lágrimas le ciegan. Entonces se levanta y se va monte abajo, llevándose dentro del tamboril no solamente el alma propia, como dijo D. José *el barbudo*, sino la de Rahondo y toda su comarca.

Arturo Campión

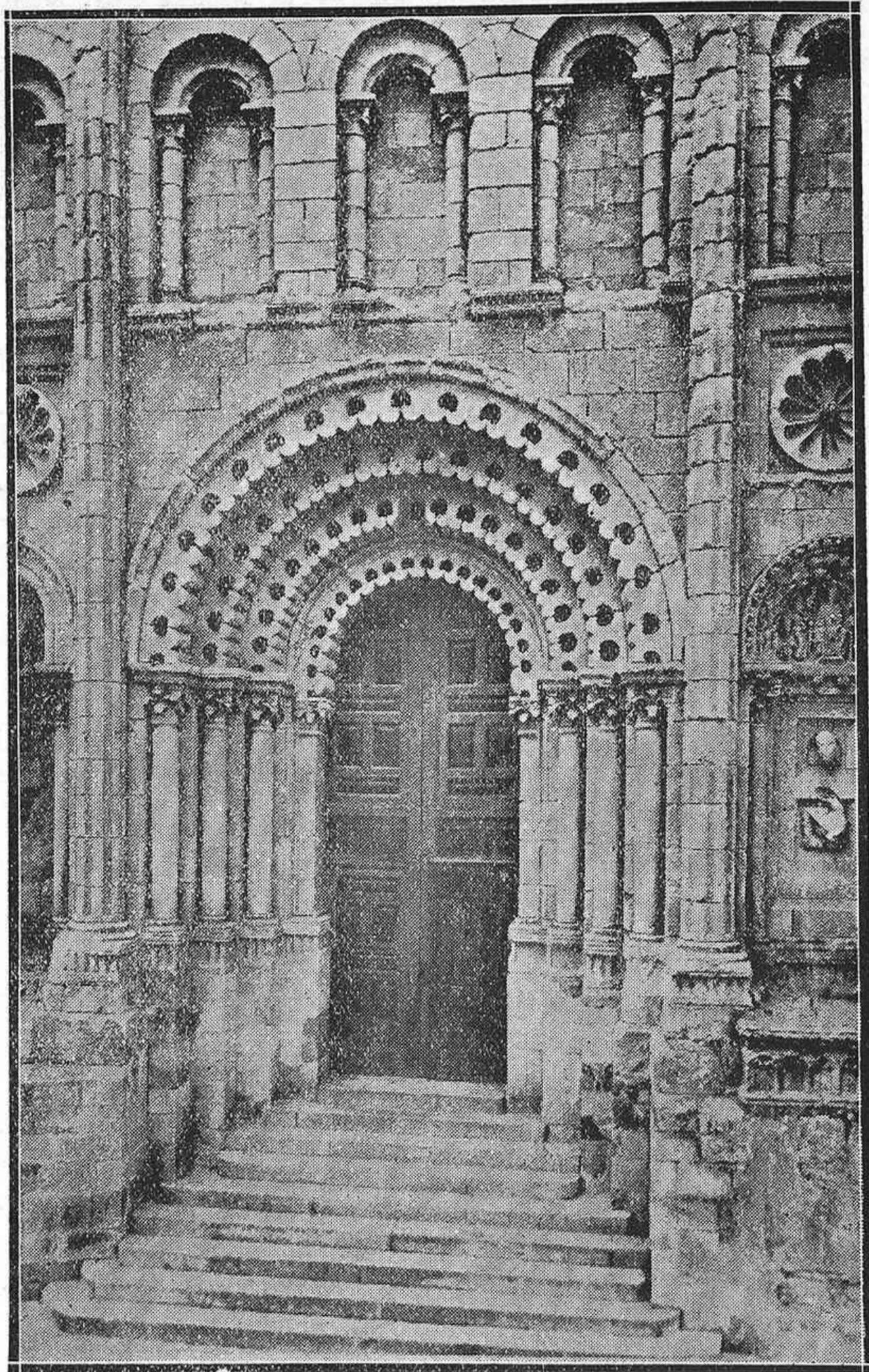
LA HIJA DE LA CANELA

(DEL ROMANCERO DE "MARIANELA" EN PREPARACION)

Así la llamaban muchos
en las minas de Socartes:
era su nombre María
y la Canela su madre.
Y por María y por Nela,
Marianela fué más tarde,
y no hay en aquellos sitios,
montes, llanos ni lugares
donde no suene ese nombre,
que en coplillas y romances
que cantan sus desventuras
lleva el eco por los aires.
La historia de Mariquilla
a todos conmueve y place,
y la cuentan las abuelas
al calor de los hogares.
¡Desgraciada huerfanita,
la del cuerpo miserable,
la de los ojos pequeños,
la del espíritu grande!
¡Fierrecilla de las selvas,
florecita de los valles,
que vuela a un mundo más alto
porque en la tierra no cabe!
Dicen que nació bonita
como perla de los mares,
como entrellita del cielo,
como mariposa frágil.
Cayó desde un puente al río,
dió en las piedras de su cauce,
y se dejó en la caída
lo que en el mundo más vale,
quedando deforme y fea,
menudilla y despreciable;
y fué la infeliz chiquilla
la primera en despreciarse.
Su padre se murió a poco,
y a poco siguió a su padre
la Canela, que a una sima

temerosa fué a arrojarse.
La Trascava se la nombra:
negra caverna insondable,
a cuyo borde la Nela
sentábase muchas tardes,
porque en el rumor medroso
que de sus entrañas sale,
escuchar imaginaba
los lamentos de su madre.
Huérfana quedó en el mundo,
sola y sin calor de nadie,
inútil para el trabajo,
desconsolada y errante.
La acogieron los Centenos,
los avaros capataces
del ganado, allá en las minas,
porque no muriera de hambre;
que aunque eran sus corazones
como duros pedernales,
en la estéril roca a veces
agua encuentra el caminante.
Entre dos cestas de mimbre
le dan nido en que albergarse,
y entre las cestas, María,
vive y reza, sueña y yace.
Vecino de sus tristezas,
la mísera estancia parte
con la muchacha, Celipe,
si no hermano por la sangre,
hermano de fantasía;
minero que es un magnate;
soñador a quien el mundo
no le parece bastante
para las altas conquistas
que a su alma de niño atraen,
y a las que piensa en el tiempo
ponerles cima y remate.

S. y J. Alvarez Quintero



BELLEZAS ESPAÑOLAS: ZAMORA.—PUERTA DEL MEDIODÍA DE LA CATEDRAL

LA VÍCTIMA

POR A. REYES HUERTAS

CUANDO visito esta casa amiga y, al no ver a la gentil muchacha, pregunto por Isabel, la madre, con un tono doliente y resignado, enarca los labios para decirme:

—¡Esta niña!...

Yo miro a la madre sin comprender, en verdad, lo que quiere decirme y, como adivino que en esta frase late el misterio de una pena oculta, me creo obligado a repetir con el mismo tono quejumbroso:

—¡Sí, es verdad... ¡Esta niña!...

* * *

Alta, esbelta, elegante, Isabel es el tipo de una mujer excepcional. Su frente tersa tiene la tez inmaculada y parece transparentar los pensamientos serenos. Sus azules ojos tienen una infinita dulzura. Todo en ella da una impresión de gracia humilde y suave; la voz que suena con una dulce recaída, la boca que se frunce con una vaga sonrisa y las manos blancas y diminutas que se mueven y agitan en la labor, como dos mariposas que juegan con el bordado.

Y, sin embargo, Isabel está triste: triste y pálida como la princesita de los versos de Rubén Darío...

* * *

—Isabel, dime la verdad: ¿por qué estás triste?

Ella fija en mí sus hermosos ojos azules y luego, algo incomodada, me reprocha con ahínco:

—¿Pero de dónde has sacado que yo estoy triste? ¡Vaya una manía que tenéis conmigo!

—Escucha, Isabelita. Leo tus pensamientos. Yo sé que estás triste y eso no está bien. A tu edad la vida debe ser una nota clara y vibrante como el sol. Mira, en confianza; a ti te gustaría otra vida ¿verdad? Un hogar alegre; tener un hombre bueno que te quiera y tú ser madre de unos hijos sanos que te digan mamá... ¿verdad?

Isabel entonces clava con más fijeza en mí sus hermosos ojos azules; de repente se empañan con un velo de lágrimas y, para que yo no lo note, baja la cabeza y borda atropelladamente...

—¡Qué cosas tienes!—y fuerza riendo—¿Ves cómo no se te puede tomar nada en serio?

La madre llega entonces y parece poner una sombra en el diálogo. Me mira como preguntándome y, como ve que Isabel reprime un suspiro, me dice con el aire desmayado de siempre:

—¡Esta niña!

Y yo también, como siempre, repito con el mismo misterio:

—Sí, es verdad... ¡Esta niña!

* * *

Yo sé que Isabel tiene sueños buenos y puros, que el ansia de la vida florece en ella luminosos pensamientos. Isabel sería una esposa ideal: casta, apacible, cariñosa, dulce.

Ella cuidaría con mimo de los niños

y cuando oyera llamarse mamá frunciría la boca con su inefable sonrisa y en sus hermosos ojos azules flotaría el resplandor del alma, encendida con el placer augusto de la maternidad. Y, sin embargo, Isabel no se casa. Uno tras otro, van desapareciendo todos los galanes y hasta aquel deseado, el hombre bueno, el hombre sencillo, se ha ido alejando poco a poco, y la luz del amor en el alma de esta mujer ha sido como esas estrellas fugaces que en las noches claras cruzan veloces el cielo y se deshacen leves en la inmensidad...

Por eso, cuando he notado que sus claros ojos se le llenaban de lágrimas, he creído que una nostalgia y un recuerdo se despertaban en ella para hacer una rasgadura en su corazón...

* * *

Cuando vestida Isabel para ir a misa, aparece radiante, la madre, toda orgullosa, me la muestra en ponderación:

—¿No decía? ¿Quién va hoy tan elegante?

Isabel en cambio se ha sentado un momento y trata en vano de estirar la falda para cubrir parte de lo descubierto. Al ver la inutilidad de sus esfuerzos, se sonroja grandemente y, al notar cómo yo la observo, rompe a reír más encarnada aún y pregunta por decir algo:

—¿Qué te parece?

Yo podía haberle contestado:

—Me parece, Isabelita, que haces muy mal. Si te sonroja descubrir media pierna y mostrar lo que muestras, has debido añadir a la falda medio metro de tela. Si no haces esto, es peor que te preocupes de un falso pudor que resulta ridículo.

Pero esto no me atrevo a decírselo y me limito a lisonjearla:

—¡Estás preciosa! ¡Elegantísima!

La madre me agradece el elogio y, cuando Isabel se aleja, la pobre señora disculpa algo maliciosa:

—¡No tiene picardías! Cuando le trajeron el traje no se lo quería poner. ¿Pues no se preocupa de enseñar las medias transparentes? He tenido que imponerme. ¡Si al fin es la moda! Y que hay que atraer a los hombres, porque en confianza, ¿no es verdad que debo preocuparme de dejarla colocada antes de que yo muera? ¡Hay que atraer a los hombres!

Yo no contesto nada, porque no sé qué contestar. La señora, sin embargo, cobra de repente su tono sombrío y al despedirme repite la muletilla de siempre:

—¡Esta niña!

—Sí, es verdad, esta niña!

* * *

Y a la salida de misa, cuando un murmullo de admiraciones acoge el paso de Isabel y hay frases equívocas, malos deseos y pensamientos livianos, cojo del brazo al hombre bueno, al huído, y le pregunto a solas:

—Dígame, en confianza, ¿por qué ha reñido usted con Isabel?

El rostro del joven se nubla con un ceño adusto y se encoge de hombros como evadiendo la respuesta.

—Isabel es buena—recalco yo—es juiciosa, seria, bella; tiene un alma delicada y sentimental.

—Sí—me contesta al fin—, pero...

—Creo que es el tipo de la mujer ideal...

—Sí, pero la mamá...

—Es buena también la señora...

—¡Oh!—me corta él ya con calor.—
La está pervirtiendo. ¿No lo ve usted?
Yo la quería bien, me hubiera casado
con ella, pero no puedo, no puedo!
Las conversaciones de esos pisaver-
des me hacen daño. ¿No lo ha oído
usted? Ponderan sus pantorrillas, la
blancura de sus brazos desnudos, el
amplio descote, las formas que se ex-
hiben aprisionadas; ¡todo esto me hace
mucho daño! ¡Casarme para esto, no!
Yo sé que la madre se está arruinando
por los trapos; gasta un dineral en cin-
tas y fantasías y yo no podría nunca
sostener eso. Mi posición es modesta
y sería para mí una vergüenza y una
humillación no sostenerla luego con el
mismo lujo y a la misma altura en que
se está colocando. ¡Y como está la vi-
da! ¡Vea usted por lo que no puedo,
no puedo!...

* * *

Yo podía haber dicho a la madre:

—Señora, tiene usted la culpa del
abandono de su hija. Y lo peor es que
está usted equivocada. Yerra usted al
creer que así atrae a los hombres, por-
que los hombres buenos, los que ha-
cen la felicidad de las mujeres, huyen
de ésto como de un peligro. Su hija de
usted, enseñando las piernas y la blan-
cura de sus carnes, servirá para exci-
tar deseos y provocar frases y atraer,
a lo más, aves de paso y juegos de
temporada, pero no traerá nada digno,
ni nada noble. Todo esto le cuesta a
usted un dineral y, si cree usted que en-
gaña al público, se equivoca; porque
sabemos que usted va a la ruina, que
no puede hacerlo, y es poco su hija

para el que tiene dinero y aspira a jun-
tar heredad con heredad y es mucho
en cambio para el que por el trabajo
vive y por el trabajo sabe cuán efíme-
ros son unos trapos. Y es lástima, se-
ñora, porque su hija es buena, seria,
sencilla, recatada, una buena esposa
y una gran madre.

Pero todo esto yo no me atrevo a
decírselo a la señora.

¿Para qué? Yo sé que no había de
hacerme caso, porque me figuro que
todo lo que yo pienso lo piensa ella y,
sin embargo, sigue pagando las costo-
sas facturas, las novedades livianas,
las faldas cortas, las gasas transparen-
tes, las cintas y sedas que han de lla-
mar la atención de los hombres.

Por eso cuando me dice:—¡Esta ni-
ña!—como echando la culpa de algo
triste a Isabel, yo me limito a contes-
tar a su tono:

—Sí, es verdad. ¡Esta niña!

* * *

Y la pobre Isabel seguirá triste y pá-
lida, como las princesas de los roman-
ces. Pasará el tiempo, una primavera
sucederá a otra, y unos a otros los in-
viernos y en sus días oscuros, cuando
la lluvia teja en el aire la urdimbre de
sus gasas, ella tras los cristales segui-
rá bordando y suspirando con el re-
cuerdo de las ilusiones desvanecidas.
Tal vez sueñe caminar por un sendero
ideal y oiga lejano el eco dulcísimo de
un esperado amor. ¡Aquel hogar apa-
cible, aquel amante cariñoso, aquellos
niños blancos que le dirían mamá!

Y los hermosos ojos azules se llena-
rán de lágrimas...

Antonio Reyes Huertas.



DE LA ESPAÑA PINTORESCA Y GLORIOSA: UNA BODA EN LAGARTERA (TOLEDO)

NUESTRO PAN

I

Padri, la tierra ya espera;
del día la lus rayó;
éjeme, usté, la mancera,
c' hogaño la simentera
quió jadela solo yo.

Usté, padri, a descansal
sentao en esti tronco viejo,
viéndome el trigo sembral;
y dend' aquí m' ha e dal,
si necesito, un consejo.

Quió casalmi pa San Juan,
y tengo, padri, clavao
en lo más jondo un afán;
que mi mujel jaga el pan
con trigo pol mí sembrao.

¡Arre, Lucera, Pulía!,
que a más andal viene el día;
estamos en la besana,
y esta es tierra algo tardía
y quié siembra mu temprana.

Remusguillo mañanero,
juye, que ya sale el sol.
Ahí va mi trigo primero,
tierra, con un güen tempero
da a mi cosecha calol.

Con ansia trebajaré
y mi hoja escardaré,
jachando toas las cizañas,
y en julio recogeré
la calol de tus entrañas.

Y después cuando en la era
el trigo de mi primera
cosecha jaga montón,
te cargaré, mi Lucera,
temblándome el corazón.

Jollaremos el camino
de canchalis del molino,
y galrearé al molinero;
dale al roezno y prontino
muele mi trigo primero.

De la llave tirará
y la piedra volteará
con ruio ensordeceor,
y de la tolva saldrá
blanca jarina de flor.

Jarina qu' una mujel,
señora de mi querel,
jeñirá con mucho afán
en la artesa, pa jadel
con ella su primer pan.

¡Arre, Pulía, Lucera!
Agarrao a la mancera
iré enterrando los granos.
Al jadel mi sementera,
¡Dios ponga tino en mis manos!

II

El pan nuestro de ca día,
¡cómo a Dios se lo pedía!
¡Si viás tú cómo rezaba,
mientras la reja jundía
el grano que se enterraba!

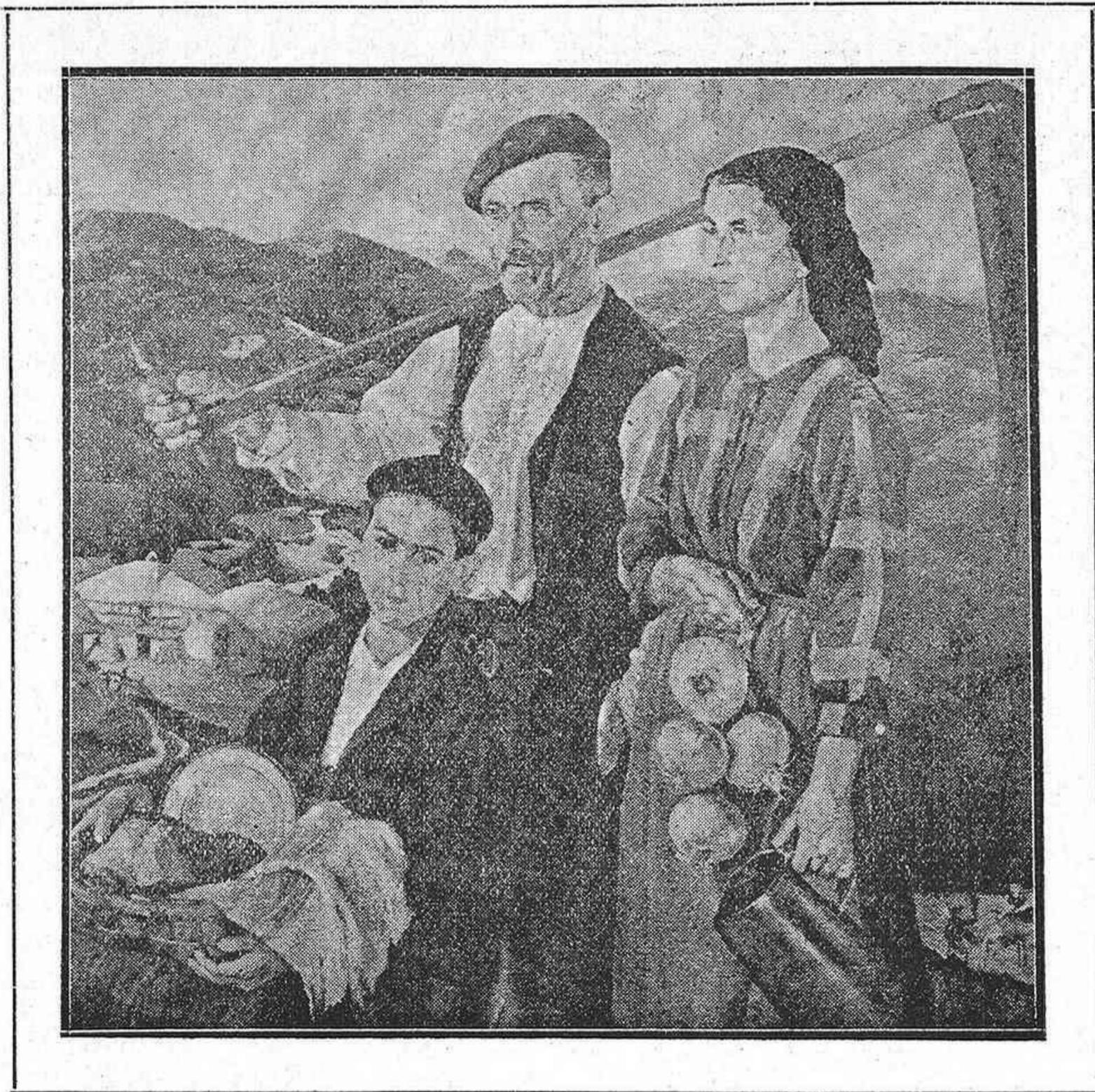
Mas ya los pardos terronis
dieron el trigo a montonis
en la suerti de la jesa,
y mira el pan de ilusionis
vajeando en nuestra mesa.

Paeci que guarda en su seno
de la casa la calol.
Esti pan está más güeno
qu' el compraio: es pan moreno
jecho con nuestro suol.

Bien lo amasasti, mujel:
al pan de nuestro querel,
de tus manos la dulzura
l' has prestaio, y al cocel
l' has dao güena cochura.

Las dichas que pa San Juan,
soñamos gozal los dos,
mujel, cumplías están:
comel juntos nuestro pan,
el que nos ha dao Dios.

Angel Marina



DE LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES: «DE ENDECHA», POR PAULINO VICENTE

JUEGOS DE NIÑOS

POR JULIO SANTA MARIA

(Habitación lujosa; sobre los muebles juguetes varios).

RAFAEL. (Guapo muchacho de 8 años. Cogiendo unos arreos). Vamos a jugar a los caballos.

AURA. (Niña delicada. Meciendo una muñeca). Mejor a las muñecas.

RAFAEL. Anda, a las muñecas! (Con prosopopeya). Yo soy un hombre.

AURA. (Jovial). Un hombre! Qué risa! Y tiene los pantalones cortos!

RAFAEL. (Molesto). Pero no tengo faldas como tú.

AURA. (Inocente). Porque soy una niña.

RAFAEL. (Volviendo al tema. Insi nuante). Aunque eres niña, podías hacer de mulilla.

AURA. (Complaciente. Deja lamuñeca). Bien; lo que quieras.

(Rafael sujeta las correas al cuerpecito de la niña).

AURA. No me hagas daño, eh?

RAFAEL. (Agitando las riendas y restallando el látigo, como un carretero). Arre! Arre! Riojanita! Arre! Más puede! Más puede!

(Los niños corren tres o cuatro vueltas alrededor del cuarto. El látigo suena estrepitosamente. La voz de Rafaelito sube a la octava más aguda).

AURA. (Parándose). Ya hemos llegado.

RAFAEL. (Mohíno). Pero si estamos a mitad del camino.

AURA. (Sentándose fatigada). Pues yo no quiero jugar. Me canso.

RAFAEL. (Enfadadísimo). Siempre lo mismo. Pamplinera.

AURA. (Poniendo un mantelito encima de una silla). Bueno.

RAFAEL. Enteca!

AURA. (Resignada). Bien.

RAFAEL. Melindres!

(Aura no contesta).

RAFAEL. (Rabioso y amenazador). Hipocritilla!

AURA. (Llorando algo asustada). Sí; insúltame, pégame, porque eres hombre y yo soy una niña.

(Aura llora y el furor de Rafael se va desvaneciendo rápidamente).

RAFAEL. (Arrepentido y caballeroso). Perdóname! Si yo te quiero; pero... (en tono de queja), no juego nunca con chicos!

AURA. (Secándose las lágrimas con el vestidillo y sonriente). Juega conmigo.

RAFAEL. (Un poco rebelde, pero blando). Contigo! Contigo! Siempre contigo! Como dos novios!

AURA. (Graciosísima). Vamos, pica rón; ayúdame a poner la mesa. Este cubierto para papá Antonio. Tú haces de papá.

RAFAEL. (Entregándose vencido). Y éste para mamá Amparo. Tú haces de mamá.

AURA. (Intencionada). Este para el polichinela rabioso, al que pondremos por nombre Rafaelito. (Colocando el monigote).

RAFAEL. Este para la muñeca, que se llama Aurita. (Sienta la pepona).

AURA. La copa de vino para papá. (Pensativa). En tu casa no hay papá!

RAFAEL. No; dice madre que era muy bueno.

AURA. La servilleta de mamita.

RAFAEL. (Preocupado). En tu casa no hay mamá!

AURA. (Triste). No la tengo. Padre dice que está en el cielo. ¡Madre mía!

RAFAEL. (Con admiración). Si papá se parecía al tuyo, qué buen mozo!

AURA. (Con expresiva candidez). Si mamá era como la tuya, qué buena!

RAFAEL. (Con entusiasmo). Y qué guapa, ¿eh? (Transición). La mesa está servida!

AURA. (Con acento gracioso). *La soupe sur la table.*

RAFAEL. (En castellano viejo). Ven-ga vino!

AURA. Toma. (Con zalamería). Cui-dadito con alegrarse.

RAFAEL. (Como un hombre). Quiá!

AURA. (Misteriosamente). Tu ma-má y mi papá se hablaban el otro día al oído.

RAFAEL. (Relamiéndose los labios). Brrr...

AURA. (Temática). ¿Jugaban a los maridos?

RAFAEL. (Indiferente y brusco). ¡Yo qué sé!

AURA. (Terca). Papá dice que te quiera como un hermano.

RAFAEL. Como hermanos! Tú no eres hermana mía!

AURA. (Cariñosa). ¿Y por qué no seremos hermanos?

RAFAEL. (Conquistador). Pero pue-des ser mi mujer.

AURA. (Batiendo las palmas). Ay, qué gusto!

RAFAEL. (Galante). Y te sacaría a paseo del brazo.

AURA. (Con curiosidad). ¿Y viviría-mos siempre juntos?

RAFAEL. Ya lo creo. Y te compraría una pulsera de oro.

AURA. (Reflexiva). Papá compró una el otro día.

RAFAEL. (Espléndido). Y una sor-tija.

AURA. (Admirada). También papá compró una!

RAFAEL. (Derrochador). Y unos pen-dientes, y un reloj, y una peineta... y un vestido largo.

AURA. (Precipitadamente). Y una muñeca muy grande!

RAFAEL. (Dubitativo). Mamá no tie-ne muñeca.

AURA. (Caprichosa). Pues yo la quiero, señor marido. Y así... (Seña-lando la altura).

RAFAEL. (Transigente). La tendrás... pero has de hacer de mulilla sin can-sarte.

(Entran los padres en traje de boda. Anparo ha llorado. Antonio está muy serio. Rafael corre hacia ella y Aura hacia él. Adivinando instintamente, los niños se abrazan a sus padres y aprietan contra sus pechos el débil cuerpecito. Ellos se miran emocionados).

AMPARO. (Coge súbitamente la niña en brazos y la besuquea. Aura rompe a llorar). ¡Te juro ser su madre, Antonio!

ANTONIO. (Levantando al muchacho, que se agara a su cuello). Yo se-ré el padre de este guapo mozo!

AMPARO. (Conmovida y llorosa). Que Dios nos oiga!

(Los padres hablan en un rincón, mi-rando amorosamente a sus hijos).

RAFAEL. (A la niña). Ya tengo pa-pá. (Alegre). Me ha dicho que me va a comprar un sable con corte.

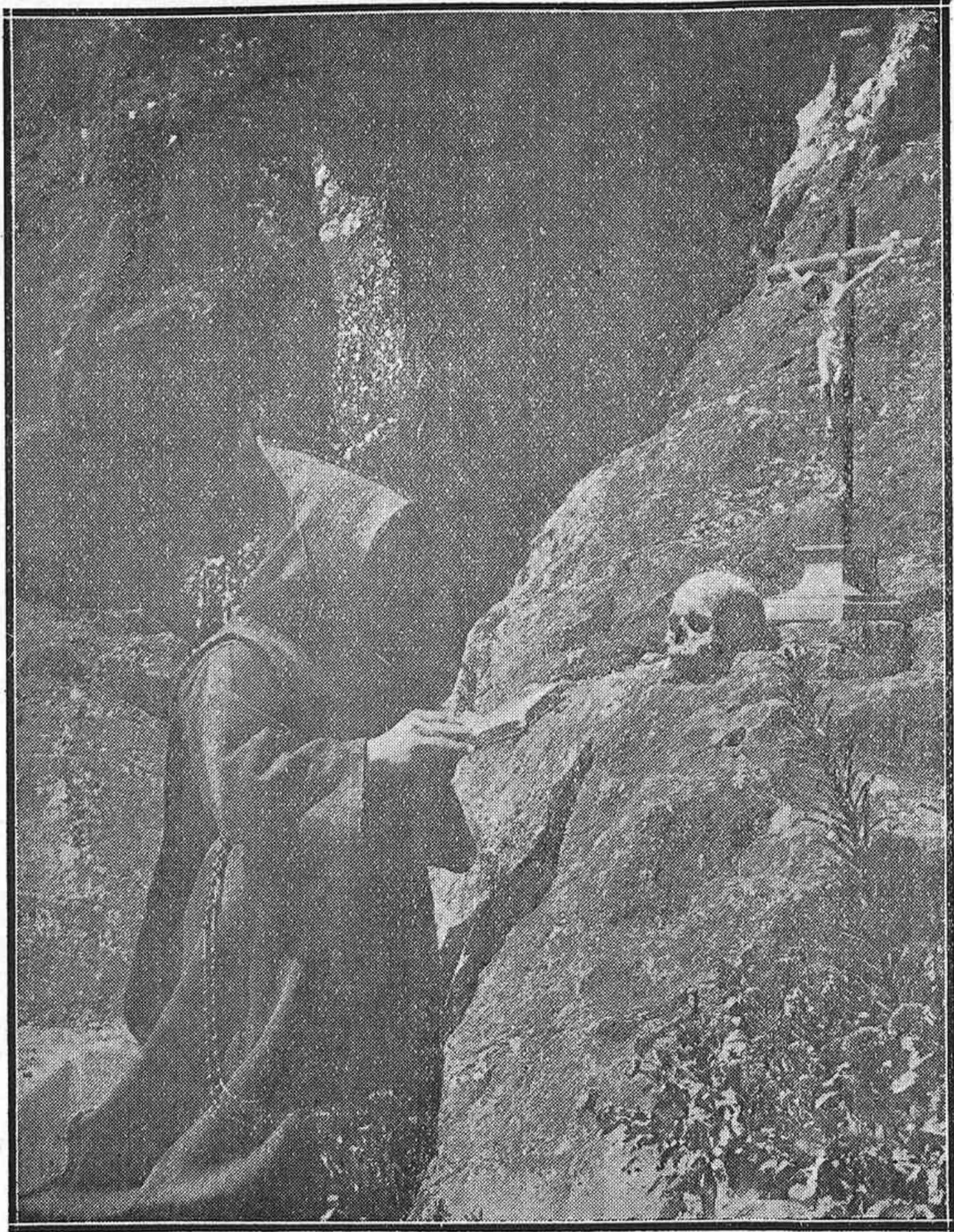
AURA. Mamá a mí una muñeca muy grande.

RAFAEL. (Entusiasmado). ¡Ya verás cuánto jugamos!

AURA. (Pensativa y nerviosilla). Pe-ro no jugaremos a los maridos; somos ahora hermanos!

RAFAEL. (Con picardía hechicera). Hermanos! Tonta! ¿Qué sabes tú?

Julio Santa María



EN LAS ERMITAS DE CÓRDOBA: LA ORACIÓN DEL ERMITAÑO

EL ERMITAÑO DE CÓRDOBA

NOVELA ORIGINAL DE S. RAMOS ALMODÓVAR

(CONTINUACIÓN)

¿Acaso no eran ellos los genitores de nuevos derechos, los ejecutarios de la Libertad, con letra mayúscula, una libertad que venía, en procesión de insólitas violencias, persiguiendo pobres indefensos, trayendo, como pendón y banderín de enganche, aquel inmenso latrocinio que se consumaba?

«Quedan suprimidos todos los monasterios, conventos, colegios, congregaciones y demás casas de comunidad o de instituto religioso de varones, incluso las de clérigos seculares y las de las cuatro Ordenes militares y San Juan de Jerusalén, existentes en la Península, Islas adyacentes y posesiones de España en Africa.»

Así, con ese puñado de palabras, se profanaban lugares santos, se usurpaban bienes legítimos, se echaba fuera de su hogar a cientos de sabios, de artistas, de honrados y laboriosos ciudadanos, de bienhechores de la sociedad, de educadores de la juventud, de abnegados creyentes, de hombres que no cometieron más delito que honrar a su patria y adorar a Dios, vistiendo un hábito más respetable que todos los hábitos del mundo, porque lo instituyeron capitanes egregios de los ejércitos de Cristo.

Hermanos míos, ermitaños de estas blancas Ermitas adoradas: yo quiero estar con vosotros en el pensamiento y en el dolor; yo quiero ser uno de vosotros

en aquel día tristísimo, 13 de Abril de 1836, cuando llena de angustia el alma, salísteis expulsados, arrojados bárbaramente de vuestras benditas cuevas de oración. Dadme parte de vuestra ingente pesadumbre. Dejad que con vosotros apure el cáliz de hiel y de vinagre que os dieron a gustar. Hacedme un sitio en la fila de la comunidad, para que oiga las palabras de la ley inhumana, y esas palabras azoten mi rostro, cual trallazos de crueles verdugos. Santos hermanos míos, ancianos ermitaños de Nuestra Señora de Belén: los que pasásteis aquí la vida entera, y visteis brotar de continuo a vuestros pies, rosas de sangre de sacrificio, y visteis caer en vuestra cabeza y en vuestras barbas apostólicas, la nieve de la experiencia, día por día, hora por hora, mientras que de vuestras pupilas se iban apartando vendas de convencionalismos y engaños, hasta hacer que los ojos supieran mirar al verdadero norte, a los cielos divinos, donde hallaban claras sendas radiosas... Ancianitos buenos, que aprendísteis, al fin, la ciencia sublime de hacer niños otra vez en la vida: llorad, llorad lágrimas abundantes que dejen regada esta tierra bendita. Yo os brindo mi brazo para que no tropecéis en el áspero camino. Yo os presto mi báculo, que es más fuerte y más recio que el que tenéis, ya agobiado, como vuestro cuerpo, de tantos años de pesadumbre. Y cuando os veáis fuera de

este recinto, y os falte vuestra pobreza, que os han robado, ancianos, hermanos míos, yo os construiré una cueva en lo más escondido de Sierra Morena, cerca de las fieras y alimañas, que os respetarán, y lejos de los hombres, que os expolían. Y allí, en aquel cobijo ignorado, vosotros rezaréis para que el Señor me perdone mis maldades, y yo labraré la tierra, cogeré los frutos del campo, pediré a los caminantes una limosna por amor de Dios, para llevaros el sustento.

¿Verdad, hermanos, que no os acordábais del mundo? ¡Ah, pues el mundo se acuerda de vosotros, y esgrime la ley, como un látigo, sobre nuestras carnes flageladas por todas las penitencias. Ese señor don José Beltrán de Lis, administrador de los bienes nacionales, viene a hacerse cargo de la iglesia vuestra, de de vuestras celdas, de las campanitas «hermanas», de las ropas míseras, de las subsistencias vuestras..., y de esa legión de pobres que con vosotros come, en la puerta de las Ermitas. Hoy, no comerán ya. Han matado al pájaro de bronce que los llamaba, unos hombres que se dicen amigos y apóstoles de la Humanidad. Han saqueado la despensa de vuestras provisiones. Se han incautado de este pedazo de tierra que vosotros habéis cultivado con vuestro trabajo, y habéis hecho fructífera y buena.

Hermanos míos, ermitaños: ¡qué grande es vuestra alma! Perdonáis a los que os hacen el mal supremo, peor que la muerte misma: arrojaros de vuestra celda, de vuestro hogar, salpicado con la sangre que hicieron en vuestros cuerpos cilicios y disciplinas; sangre reden-

tora, que ellos profanarán, viles y de salmados ..

Leyendo yo este episodio histórico, después de haber narrado en estos apuntes, mi resolución definitiva de abandonar la corte para ir otra vez a Los Carrascales, la pluma se me detiene escribiendo, y pienso que no soy yo quién para condenar con justicieras palabras a los expulsadores de los ermitaños, en la época de la desamortización. No. Yo, he sido peor que aquéllos. Yo pervertí un alma, robé una honra, y no conforme con eso, renuncié a mis sagradas obligaciones contraídas, engañé a un pobre mozo, y canallescamente, pagué la lealtad y el afecto de un viejo servidor. Esto, sin añadir ahora mismo las otras fechorías que cometí, a las que, por sus pasos contados, me conducía el demonio, que halló en mí al más dócil de sus esclavos y amigos. Ya las sabrá el lector de estos apuntes, y tendrá lugar de compadecerme y hasta de despreciarme, que bien merecido lo tengo.

Volviendo a la exclaustación de los ermitaños, añadiré que tan pronto como se llevó a cabo, la comunidad se deshizo, y unos volvieron con su familia, otros se ampararon en casa de amigos buenos, y varios desaparecieron, sin que se haya tenido más noticia de ellos.

En las Ermitas, cuando ya nada útil quedaba que pudiera ser aprovechado o destruido, dícese que hasta llegaron a celebrarse orgías nocturnas, por gentes contrarias a la religión, que así quisieron profanar estos lugares sagrados.

Tratándose de una obra tan querida por los cordobeses, naturalmente fué grande el disgusto de muchos, ante la

desaparición de las Ermitas, consideradas en esta capital como algo esencialmente suyo de que se glorían y enorgullecen. Y el prelado y el Ayuntamiento y algunas personalidades influyentes, acometieron la empresa de conseguir del Gobierno, que se excluyese del Decreto de desamortización, a las Ermitas de Córdoba. Se logró, y pronto, lo solicitado; pero pasaban los meses, y los años, y no se devolvían a la Congregación sus bienes, ni aun siquiera el terreno donde las Ermitas radican. El trámite oficial, lento y embrollado, lo entorpecía todo. Pero, providencialmente, había surgido el hombre necesario para vencer toda clase de dificultades y saltar por encima de los obstáculos todos. Uno de los ermitaños expulsados, que persistente, incansable, seguro de sí mismo, porque se sabía ayudado por Dios, acometió la gran obra de la restauración del eremitorio.

El venerable hermano Pedro de Cristo, natural de Almodóvar del Río, y que desde el año 1793 formaba parte de la Congregación, habiendo desempeñado algún tiempo el cargo de Hermano Mayor en ella, apesar de su edad y de las enfermedades que padecía, no cejó un punto hasta conseguir sus deseos. Escribió cartas, buscó influencias, anduvo anhelante y desasogado cuantos pasos hubo necesidad de andar. Y, por fin, el día 3 de Noviembre de 1845, tuvo la mayor alegría de su vida, al tomar posesión como Hermano Mayor que fué nombrado, de este santo retiro.

¡Pedro de Cristo! A la entrada de la iglesia tenemos el retrato de este hermano venerable, y muchas veces me quedo parado frente a él, para verle,

con una mano apoyada en la calavera de su mesa, con la cayada de buen pastor recostada en el hombro, dulcemente como en un abrazo, con los ojos que miran penetrantes y fijos, señalando su entereza, con la barba blanca, blanca de años y de pesares, que cubre el demacrado rostro bañado de luz de santidad.

¿Cómo, cómo es posible, si sólo se mira a las humanas fuerzas, que aquel hombre, con 72 años, lleno de achaques, bajase y subiese hasta dos y tres veces al día, de las Ermitas a Córdoba, para gestionar la restauración de la capilla, destruída en gran parte, de las ermitas en ruinas, del muro, y de tanto y tanto detalle como era necesario atender? No tenía salud, no tenía dinero, para todo esto; pero ni energías ni medios económicos le faltaron para dar remate a su empresa. Y bajo sus direcciones la restauración se hizo, en cuanto fué posible. Volvieron varios de los hermanos antiguos, entraron otros nuevos en la Congregación, y ésta siguió normalmente su vida.

A los 81 años falleció el venerable Pedro de Cristo, en 1855, después de enfermo de mucho tiempo, con sufrimientos que convirtieron su existencia en senda de martirio perpetuo. Años después escribió el hermano Juan de Nuestra Señora de Belén el relato de su vida ejemplar y meritísima, que acabo de leer. Y yo espero que Dios ha de permitir, andando el tiempo, que Pedro de Cristo, como otros eremitas venerables de esta sierra, será ascendido a los altares, porque la Iglesia le llamará Santo.

En una sepultura que cubre lauda de

mármol, descansa en nuestra capilla el cuerpo del restaurador del eremitorio: Pedro de Cristo, el viejecito enfermo y diligente, en cuyas carnes macilentas, leve manto de los encorvados huesos, Dios puso alas de portentosas agilidades. El soplo divino de su alma egregia, toda encendida con las llamas de una fe poderosa, con optimismos que la mandaba el cielo.

Y ahora, lector, ten paciencia, que voy a continuar mi propia historia.

XVI

No bien había llegado a Los Chaparrales, la primera persona que se me presentó fué la tía *Lagarta*, pero menos zalamera que de costumbre, y me indilgó, sin más ni más, estas palabras: —¡Señorito Paco, váyase usted por Dios, que no le vea Basilio! Lo sabe tó, se lo ha dicho tó ella, que se puso como loca estos días pasaos, cuando dió a luz. Y como él es asina de bruto, pos dice que le va a matar a usted, tan pronto como se le eche a la cara, señorito Paco...

Debí mudar de color varias veces, ante las graves palabras de la tía *Lagarta*. No la respondí. Tan grande fué la impresión, que se me paralizaron los pensamientos y la lengua.

Perita la mala mujer en esta clase de asuntos embrollados, ya que de sopetón me había hecho saber la noticia, me sorprendió en mi natural aturdimiento con una risa huera y malsonante, risa estudiada que salió pregonando su falsedad, de la desdentada boca hundida.

Y siguió diciendo:

—Pero, bah. . Del dicho al jecho .. ¡No se ponga usted tan serio, señorito Paco! ¡Ya le ataremos corto al tal Basilio!

Cegado como yo venía de amor impulsivo y vehemente por Guadalupe, en cosa de unos segundos se planteó en mi alma el conflicto, y en cosa de unos segundos también tracé los propósitos de la solución momentánea:

—¡Bueno, bueno, tía *Lagarta*, déjeme usted de historias!—le dije, en tono fanfarrón y despreocupado—. Me quedé serio, porque no era cosa de reirse. Pero tampoco es asunto para asustarse ni para necesitar de ayudas de nadie. ¿Sabe usted?

Dicen, y bien verdad es, que más listo es el diablo por viejo que por diablo. La tía *Lagarta*, ante mi actitud, dióse un restregón con el pico del mandil en los hocicos, y luego, echó por su boca un discurso, un verdadero discurso, de marrullería y de sapiencia.

Me dijo que nunca jamás había dudado ella de mi valor. Que bien sabía que tenía yo agallas para ir en busca de Basilio, y darle de bofetadas, y patearle, y hasta mandarle al otro mundo, si en trance de ello me ponía el muy animal.

Este fué el exordio. Luego, secundó con los restregones en los hocicos, se escurrió hasta el suelo, como una culebra, para sentarse junto a mí, y allí fué donde tiró de elocuencia, hasta hacerme un ovillo entre sus redes:

—Miá usted: cuando se trata de personas de caliá, y pasa argün dijusto de los gordos, bien enterá estoy yo de la obligación. Se coge a unos señorones de confianza, seles encaja en busca de otros señorones amigos del otro, y la riña es una cosa formá y seria, con pasos pa

atrás, con pasos pa adelante, ca uno con un sable en las mano, amagándose zurriagazos. Y por si ocurre que alguno de los que riñen sale jerío, allí está el médico a mano, y allí están las medecinas. Ustés los ricos, señorito Paco, tienen mucho que perdé, y no puen jacer las cosas por lo bruto. Pongo por ejemplo: ¿estaría bueno que por medio de Basilio se buscara usté un estravió!

Y ya, puesta en ese terreno, me siguió hablando, exponiéndome toda una estratagema de maldad y de perfidia, mezclándome unos asuntos con otros, para mayor seguridad en sus intentos.

Me dijo que el niño que había tenido Guadalupe, era completamente mi retrato. Que la madre, después que entró en tino y supo lo que había declarado respecto a su deshonor, había llorado mucho, y a ella misma—a la tía *Lagarta*—, le había encomendado que me advertiera de todo, para evitar una desgracia. Que Basilio estaba en el pueblo y que hasta la noche no volvería...

Al llegar aquí, hizo una pausa, preparando las palabras que había de pronunciar, y que serían las definitivas de toda la peroración.

Dijo:

—...Y si usté quiere que Basilio no sarga de la noche...

—¿Cómo...?

Me horroricé ante la revelación de la bruja, y apenas balbucí, hecho un abismo de confusiones terribles y escalofriantes:

—¿Usted...? ¿Lo va a matar, usted...?

—¡Qué disparate, señorito Paco!... No, yo no sirvo pa tanto... Ni tenga usté por qué ponerse asina, que da mieo mirarle a los ojos... Eso..., me da usté

dos billetes de los grandes, y no se preocupe más de lo que pase... Casualmente está hoy de caza en Los Chaparrales, Salvaorito, *El Cartucho*, que acá le decimos, que es que ni pintiparao pa el caso. Espera agazapao junto al camino, y... ya pué usté suponé lo demás... ¡Y buen cudiao que le da al *Cartucho*, de justicia ni de ceviles! Estuvo preso una vez, y pa mí que le ha tomao gusto a esa vía, y está mejó que suerto...

—Si, pero..., tía *Lagarta*, el criminal, en este caso, sería yo que pago el crimen... Y usted...

—¡Dígalo del tó, señorito Paco! Yo, también, sí señó; yo también, porque se lo aconsejo... Ná, pos no hay ná de lo dicho. Quéese usté bien tranquilo, que no me vuervo yo a meté en lo que no me importa.. ¿Que Basilio le busca a usté una ruina? Bueno... ¿Que se va usté de Los Chaparrales, y *ese* jace alguna barbaridá con su hijo o con Guadalupe? Bueno, también... De tó tengo yo la curpa, que jago lo que jago, porque no se pué remediá er tené ley a las presonas, señorito Paco...

Y se iba, se iba, rastrera, sibilina, después de haber dejado en mis oídos palabras de perdición.

¡Guadalupe!... ¡Mi hijo!... Peligraban ellos, que eran ya mi vida entera. Ella, cuyo amor había traspasado mi carne, para llegar a las reconditeces del alma. Ella, que todavía, con su juventud, con su atractivo dominador y subyugante, podría rodearme la existencia de dorados placeres, y de perennes, inacabables dulzuras... Y él, él... ¡mi hijo!... Aún no le había visto, aun no conocía sus facciones, en las que anhelaba vislumbrar el sello de mi propio ser... Allá

estarian ambos, en el chozo, seguramente pasando incomodidades y faltas. Allí, cuando fuera de noche, y regresara del pueblo, entraria Basilio y se encerraría con ellos, capaz en un momento de celos, de darles muerte entre sus manazas de jayán...

Como un rayo, cayeron en mi cerebro estas ideas alucinantes, embriagándome de rabias feroces, de supremas angustias reveladas.

Y al mirar en torno de mí, llorando o fingiendo lágrimas, vi a la tía *Lagarta*, que se retorció, con hipos desolados. Espiaba, sin duda, mi silencio y mis internas luchas, y tranquila con tranquilidad de frío cálculo infame, esperaba la hora de mi resolución, en constante ademán engañoso de marcharse.

Juzgó, por lo visto, que ya estaba yo caldeado y en buena hora para escuchar el final de la tramada comedia, y en un arranque definitivo, se echó a mis pies, dosolada:

—¡Qué bueno es usted, señorito Paco! Ni por tercera presona jace usted mal, a quien le andará presto buscando pa matarle! Váyase usted ahora mesmo, otra vez a Madrí, por Dios, que va a acarrear una ruina. Miá usted que ese bruto no arrepara en la calía de las presonas... ¡Que si a usted le pasa alguna desgracia, me muero yo de pena, señorito Paco de mi arma!... ¡Váyase usted antes de que le haiga tomao cariño al hijo de su sangre, y antes de que vea a Guadalupe, y antes de que vea al tío Jeromo!... ¡Que aquí tié que pasá argo que sea sonao, y no quiero que usted se jalle en la griesca!...

Se oyeron recias pisadas, que a mí dentro del corazón me sonaron.

Por haber llegado yo a Los Chaparrales sin avisar, y haberme encontrado cerrada la puerta principal de la casa, en el departamento en que vivía el tío Jeromo, me entré, hasta que él viniera, y allí estaba hablando con la tía *Lagarta*, cuando oímos los pasos, tan cerca, que apenas tuvo tiempo de levantarse la bruja del suelo, antes de que quien se anunciaba se presentase en escena.

Era el tío Jeromo.

¡Y sí, leí en sus ojos que lo sabía todo! Me lo dijo también su saludo, falto de la espontánea cordialidad acostumbrada. Su semblante, ceñudo y arisco. Su envejecimiento, su rápido envejecimiento en los meses de ausencia, que más bien años parecían.

Un revuelo de sensaciones se levantó dentro de mí, acorralando mis intentos de serenidad y de entereza. Me vi cobarde, me vi malvado, me vi criminal..., eso: criminal de aquel hombre que todavía, ¡todavía!, se quitó el sombrero para hablar, reverente, conmigo, sin escupirme a la cara los insultos, sin levantar el brazo para vengarse del «señorito» corruptor y canalla.

Por entonces, aún no se había abierto en mi pecho el claro salvador, por donde en él penetrara la luz del remordimiento cristiano. Aun mi conciencia, vibrante, estremecida con la fuerza de los acontecimientos que iban pasando, no había hallado la columna poderosa en que reclinar la pesadumbre de sus agobios: la contrición cristiana, rutilante de fe, y de perdones, y de promesas.

Náufrago en los mares de mis vaivenes íntimos, desorientado, sin luz, sin faro, sin cielo al que tender los ojos, de

acá para allá me conducían mis pasiones y mis caprichos, mi prevención y mis temores, mi amor; un amor desordenado y ciego, egoísta y arrollante, que me llevaba por senderos de inabordable abismos...

A veces, pero unos momentos, sólo unos momentos, sentía ramalazos interiores, algo que parecía la iniciación de vigorosas actitudes de retroceso, por caminos más rectos y seguros.

Y, en presencia del tío Jeromo, casi siempre me ocurría lo mismo, casi siempre sacudía mi alma un invisible viento bonancible, que humillándome con su impulso que me doblegaba, parecía encumbrarme y engrandecerme. Era, bien lo hecho de ver ahora, que el divino soplo de la gracia se me colaba en el espíritu, y me silbaba dulcemente, como silbido de pastor bueno, y me embalsamaba con aromas celestiales, para que yo sintiera el halago lejano y seductor, y ponía en los abrojos bravíos de mis actos, polen de unas flores lozanas de maravilla, que, mariposas inmóviles, querían aposentarse y crecer entre las espinas punzantes, abriéndolas para que sirvieran de cáliz protector...

Y hoy, el día a que me estoy refiriendo, ese remalazo, esa impresión, ese soplo divino, fué más fuerte y más enérgico. Ganas me dieron de pedir al tío Jeromo que me humillase con justísimas ofensas, que me arrojara como un perro de su vista, que, si sentía deseos de ello, me estrangulase entre sus manos justicieras. Pero, sombra y caricatura de mis nobles intentos, allí junto, la tía *Lagarta* estaba recién erguida de sus cómicos gestos implorantes y desgarrados. Disimulando hasta el límite

último donde llegar puede el disimulo, sonreía ahora, inventando al tío Jeromo una conversación que conmigo sostenía, en aquel instante.

De si la creyó o dejó de creerla el buen hombre, yo no puedo decir nada. Desde luego, lo que sí pasó es que no miró a la vieja más que de soslayo, y con unos ojos que nada tenían de amigos y complacientes. De la manera más clara que puede decirse sin palabras, la dijo que allí estaba estorbando, y que él no quería brujas alrededor.

Pero la tía *Lagarta*, se hizo la desentendida, y yo entonces se lo agradecí profundamente, pues de verdad me daba miedo quedarme solo con el tío Jeromo.

Este fué a buscar la llave de mi casa, y erguido y digno, delante de nosotros, echó a andar con dirección a la puerta.

XVII

Y hora tras hora, el día aquel iba pasando lenta, angustiosamente, cual si fuera ascendiendo por una cuesta arriba, con grandes dificultades en su curso.

Minuto a minuto, como una legión de carcomas hambrientas y rabiosas, que se hallasen sepultadas en mi pecho, las dudas, las horrendas dubitaciones pertinaces, me mordían el alma.

Puesta ya en la vía de su descenso, la enorme carátula luminosa del sol, resbalábase por la infinita comba abajo, y al contemplarle, hallaba yo en sus facciones diformes, rasgos de burlas crueles, de sarcasmos hirientes: muecas de una colosal risotada radiante y mu-

da, muda en la lejanía, que era imposible campo para la transmisión de los sonidos.

Y me decía, en su lenguaje de guiños horribles, el sol:

—Me voy: con la aureola de mis rayos gloriosos, me llevo el día, este día de tu existencia en que luchas contigo mismo y te debates en internas batallas feroces... ¿Ves que despaciosamente, cachazudamente, marchó por esta barrera abajo, de tal modo, que parece que no llegaré nunca al límite del horizonte? Pues estáte callado, mirándome, y en muy poco rato contemplarás mi desaparición. Una hora, escasamente una hora me resta de jornada, para tí. Aproximado ya al ocaso, este me atrae para sumirme en los abismos incendiados del mas allá. El poniente será dentro de poco una gigantesca lumbre, un horno inmenso, una pira monstruosa, donde serán quemadas las acciones, destruidos los pensamientos de los pobres hombres, como tú, que hacen de un día campo definitivo de su vivir, sin mirar las enseñanzas de los días pasados, sin escrutar el destino de los futuros días, que allí, en los resplandores rojizos de mi magnífica agonía cotidiana, encuentran las claridades divinas de su aurora... No te quedes alelado, oyéndome, que tras de mí llegarán las tenebrosidades de la noche, y te abrazarán y te envolverán con sus velos sutilísimos, y te harán un cerco de oscuridades de las que serás prisionero. No dejes que las sombras, mis enemigos cobardes, que surgen cuando yo me escondo, te echen grillos a los pies y confusiones en los pensamientos. ¡Pobre, pobre muñeco, enorgullecido y miedoso, qué risa me

causas, y qué ridículo y para poco te veo! Yo, grande, poderoso, con mi inagotable aljaba de infinitas flechas de luz, todos los días me levanto lleno de arrogancias, y a mi paso, la creación entera resurge, alentada y fortalecida con mis calores fecundos. Rítmico, armonioso, voy por el camino que me trazó el Eterno, mi Hacedor, sin apartarme un punto de mi senda. No siento envidias de nadie, todos los demás astros son para mí indiferentes. Y uno de ellos, la luna, enamorada continuamente de mí vive y yo la doy reflejos de mi luz, y ella pasa por la noche derramando en los espacios, torrentes de plata... No conozco las ambiciones, porque sé que, fuera de mi recorrido triunfal, aguardan cavernas y despeñaderos de muerte. Mi completa felicidad es la constante obediencia al dedo de Aquel que me colgó en lo alto, como una lámpara de soberanas irradiaciones creadoras. . ¡Qué vale, qué significa al lado de esto tu libre albedrío, de que te envanece, fatuo risible y desventurado? Anda, sálvate tú del laberinto en que tus pecaminosas vacilaciones te perdieron. Tú, que no conoces más señor y dueño que tu propio yo, saco de imprudentes desvarios, líbrate, corre, sal de la red en que caíste, tejida por tus propias manos y con extraviada consciencia, bajo la dirección de tus pensamientos, anudada. Cuando yo desaparezca, se presentará tu enemigo, el rival bruto y semisalva-je que te has buscado. Y si tú no tienes valor para matarle, te matará él a tí, y sobre tu cadáver escupirá las feroces indignaciones de sus celos vengados. ¿Por qué no huyes? Ah, te retiene tu pasión desbocada, como potro sin do-

mo. Te ata aquí tu hijo, ese hijo concebido entre tapujos y engaños, y que ahora llama a tu sangre, porque él es también sangre tuya, retoño que tiene savia del propio árbol de tu ser. Me voy ya, pobrecito gigante, un gigante de fantasmas vanos y de ideas atropelladas. Me voy, riéndome de ti, burlándome de tus impotencias, y en mi lecho de rojas luces, que parece de sangre y es de rosas, esperaré a ver cómo concluyes esta noche fatal, en que las armas que tú lanzaste, contra tí se vuelven de rebote, y amenazan con dejarte traspasado el corazón, con sus filos. Mañana, cuando llegue la hora de mi aparición, me reiré de tí mucho, mucho más que hoy, pobrecito gigante imaginario y prisionero...

Y se fué el sol.

En Los Chaparrales, la hora del anocheado juntaba todas sus músicas y leves algarabías de costumbre. Los pastores habían principiado a encender las fogaratas en que habría de guisarse la cena. En un altozano, levantaba el chozo su cucurucho de retama, a los cielos, y allí cerca, colgaban de grandes garabatos los zaques, las sartenes, las aliaras del aceite y del vinagre, las alforjas de pellejo, los cencerros sin badajo para la leche.

Vestido de calzones y chaquetilla de estezado; los pies cubiertos con unas rústicas sandalias de un pedazo de suela, que se recogía amparadora por los bordes, de los que tiraban fuertes majoleras que remataban liadas en los tobillos; la cabeza tocada con un pesado sombrero de puntiaguda copa y alas tiesas y remangadas por los bordes..., allí estaba, aparragado en el mismo suelo, Je-

sustro, el mayoral de las ovejas, amasando en un cuenco de encina las pellas de cebada para los perros. Allí estaban estos, pronto el hocico husmeante, sonoras las carlancas defensivas, en saltos de alborozo anunciadores del banquete diario que había de alimentarles para las veinticuatro horas...

En el redil, apretujábanse las ovejas, oyéndose de vez en cuando un suelto tintineo de esquilas, un espurreo de hartura, un ligero estremecimiento del rebano, porque hubo un carnero vigilante que se asustó del tufo de un lobo...

Por el campo dilatado iban cayendo los humos negros del anochecer, y en lo alto de los cielos, cual otras fogaratas de pastores lejanos, pusieron un temblor de luz las estrellas primeras.

Y en mi alma, en el campo yermo de mi alma, también iban cayendo negruras de sombra, que me sepultaban entre abismos inminentes de culpa.

—¿Se marchó ese, tía *Lagarta*?

—No, señorito Paco. Ahí está escondido detrás del chozo, pa que no le vea mi yerno. Testigos, digo yo que tós estorban. ¿Me da usted el dinero, o no me lo da usted..? La noche se echa encima, y *El Cartucho* quiere prevenirse cuanto antes.

¡Señor, Señor!... ¿Por qué no tuve fuerzas para resistir el peligro? ¿Por qué no me alejé de Los Chaparrales cien veces, antes que sucumbir a la tentación maldita?

Di el dinero a la bruja: los dos billetes «grandes» que yo había tenido largo rato en el puño, rabiosamente aprensados, dudando todas las dudas que pueden imaginarse.

La tía *Lagarta* pasó disimuladamen-

te junto a la hoguera, vió a la luz de las llamas los billetes, y traspuso luego detrás del chozo, en busca del verdugo que yo pagaba.

El demonio debió pararme todos los pensamientos, un rato. Me quedé entontecido, después de aquello. Una losa, una gran losa cayó sobre mi espíritu, prisionero de la maldad de mi acción. Los nervios se me aflojaron, insensibles. Por las ventanas de los sentidos atónitos, entró así como un recio vendaval que barrió mis ideas, como hojas secas de árboles del camino, que se arremolinan crujientes, buscando ayuda mutua en su fragilidad irremediable.

Llegó la hora de la cena. Llegaba también la hora de la consumación del crimen, y al dirigirme a la casa, un interior impulso levántose dentro de mí, bravo y feroz. Ví claro. Se apareció a mi vista, en toda su maldad, mi acción. Me contemplé, repulsivo, cruel, bárbaro, criminal... ¡Criminal! La palabra esta, silbante como una bala, se clavó en mi pecho, hiriéndome con dolor horrible.

Yo creo que entonces, en aquellos momentos de percepción íntima, fué cuando mi conciencia, sublevada ya, y ahíta de malvado silencio, clamó fuerte, imponiendo la verdad de sus acusaciones tremendas.

Pero ¡ay!, qué tardíamente venía el socorro amparador para mi alma! La red de mis perversidades, se había extendido ya tanto, que me tenía preso en sus dominios malditos, de modo irremediable. Yo, libremente conducido del brazo de mi egoísmo, había sentado el pie en el vacío. Y el vacío, lleno de sombras negras, de misterios escalofriantes,

de inquietudes horrendas, iba a dar en un enorme abismo, donde yo caería, empapadas las manos de sangre homicida, bañado el corazón de esa misma sangre que ya, para siempre, para siempre, teñiría de manchas de crimen los senderos de mi existencia. Y en todas partes clamarían airadas contra mí, las voces justicieras de lo Alto, los gritos vengativos de la víctima, las rectas y humillantes palabras de mi conciencia acusadora.

Iba ya a trasponer el umbral de la casa, y alucinado, semi inconsciente, loco de locuras extrañas que me despertaron todos los sentidos y todos los pensamientos, volví atrás los pasos, y corrí a través del campo, fuera de caminos, entre matas y peñascales hostiles, que me herían y desgarraban agazapados en la sombra.

Sin dirección, sin rumbo en mi ida, el corazón me guiaba por nobles senderos de arrepentimiento y de salvación. Yo era un fugitivo de mí mismo, un enemigo declarado de mi propio ser, que me tenía atenazado entre ferinas garras despedazantes. Y en la desenfrenada carrera por vericuetos difíciles, por entre malezas ocultas, yo huía, huía, dejándome atrás la legión de mis internos malhechores, buscando no sabía bien qué divino refugio que me guareciese y cobijase.

Los ladridos no muy lejanos de los perros de la majada, me despertaron un poco a la realidad. Precisamente, me dí cuenta de la significación de mi atropellada actitud. A lo que yo iba, a lo que yo debía ir, antes que nada, era a impedir la realización del proyectado crimen. ¿Y cómo, cómo, si no sabía dón-

de estaba apostado el verdugo, aquel hombre por mí pagado, para asesinar en la sombra y en la impunidad humana al pobre cabrero, víctima de mis engaños, antes, y ahora de mis odios desatados y de mis temores?

Intenté orientarme, buscar el camino. La noche estaba ya avanzada, pero no era completa la oscuridad en el campo. De la estrellada bóveda, tenue, difuminada, caía la claridad de los rutilantes astros infinitos. Y del horizonte lejano, por el lado del Poniente, surgía una leve y blanca luminosidad, recuerdo ya casi imperceptible de los cegadores reflejos solares.

La retina, ansiosa de más claras visiones, se ahogaba en la penumbra como en un laberinto de fantasmagoría. Y los árboles, y las matas, y las sinuosidades del suelo, cerraban el paso poniendo velos tupidos de agrandadas siluetas, en las miradas escrutantes. El silencio, todo el silencio del campo, pesaba sobre los sentidos, medroso y agobiador. Y cuando algún instante el canto de un pájaro nocturno, o el ladrido de los perros, o el eco de un ruido lejano hendía el silencio, sólo servía la interrupción sentida, para hacer más potente y manifiesto el dominio de la muda quietud.

Sin embargo..., alas parecían haberme nacido en las piernas, para dar a mis pasos ligereza, y garras poderosas se dijera que habíanse vuelto mis manos, para así marchar a campo traviesa, gateando por entre los peñascales, abriéndome tránsito por entre la maraña del matorral.

Y encontré el camino. Por fin, encontré el camino. Extenuado, rendido,

debi llegar a él. Yo no sé cómo llegué, siquiera. Me acuerdo de que en un altozano busqué asiento, y que desde allí, avizoraba atentamente todo a lo largo del sendero, que yo veía retorcerse blanquecino, más con la fantasía que con los ojos.

Mejor que buscar a *El Cartucho*, me pareció esperar que pasara Basilio. Yo no sabía con certeza qué iba a hacer cuando viese al cabrero. Aun no había tomado ninguna resolución. Desde luego, evitar que se consumase la felonía, la traición cobarde..., aunque ello me costara la vida, en manos de aquel buen hombre, engañado por mí.

¡La vida! El sagrado tesoro que a Dios sólo toca administrar, ¡en cuán poca cosa habíalo yo estimado! Por dos mil pesetas, friamente, había adquirido para mi particular interés la vida de Basilio. Y ahora, al pensar en que tal vez el encuentro con éste pudiera ser causa de mi muerte, en aquella noche, me erguí, henchida el alma de magnos anhelos de existencia.

¡No, morir, no!... Guadalupe..., mi hijo... Allí estaban, a unos centenares de metros. El recuerdo me bañó el espíritu de soberanos efluvios halagadores. ¡Morir!... ¿Por qué resignarse a morir, si la vida me brindaba aún goces y dulzuras sin cuento? Cara a cara, frente a frente, ¡como los hombres!, me plantaría en el camino, y le diría al cabrero:

—Vuélvete, déjame a Guadalupe que es mía, porque a mí me dió su honra, y entre mis brazos concibió un hijo que es sangre de mi sangre. Comodidades, mujeres..., muchas cosas que tú no sospechas siquiera, te daré yo con mi dinero... Toma. Y si no quieres dinero, y si

tampoco te resignas por las buenas a dejarme esa mujer que es mujer mía antes que tuya, entonces, lucharemos, nos disputaremos eso, ¡eso!, que es mi amor... ¿Sabes tú lo que es mi amor?... El fuego de mis venas, los chispazos de mi cerebro, la claridad de mis ojos, mi aliento, mis latidos, mis deseos que quieren saciarse, mis ambiciones, mis brazos que quieren encadenar sus cuerpo, mis labios que quieren beberse la boca de ella... ¡Mi vida entera! que se consume de anhelos insaciables de verla, de acariciarla, de poseerla siempre...

Retumbante, poderoso, como un trueno, llegó entonces a mis oídos el sonar de un disparo. Era por el lado de la majada, en la misma dirección del camino.

Me subió a la garganta una horrible congoja. Se me entraron en el cerebro unos pensamientos de dudas atenazantes. En la imaginación atropelladamente, levantáronse fantasmas que me erizaron los cabellos, y me sacudieron con fuerza, los nervios. ¿Era posible? ¿Había pasado Basilio ya, cuando yo me aposté en el camino, y más adelante, *El Cartucho* cumpliría el trato criminal?...

Escuché la algarabía de los perros, soliviantados con el tiro. Después, silencio. Un silencio que llenaban de incertidumbres martirizantes, mis sensaciones.

Como un borracho, dando traspiés en la noche más tenebrosa a cada momento, seguí el camino, con dirección a la majada.

Y todo el camino se me apareció regado de sangre, sangre inocente que clamaba justicias y venganzas al cielo y a la tierra.

XVIII

Y según iban transcurriendo los momentos que yo hubiera querido prolongar infinitamente, para que nunca llegase el decisivo de la sospechada revelación, más se iban esclareciendo las dudas, presentándose inapartable a los ojos del alma el cuadro horripilante del crimen perpetrado.

En vano era que algunos momentos me pasase por las mientes irme a casa, y abandonar aquella nocturna peregrinación que por los presagios había de ser macabra en su término. Iba arrastrado, dominado de no sé qué especie de subyugamientos que me ataban el espíritu a los pasos; y andaba sin parar.

¿Era un grito? ¿De verdad era un grito doloroso y desgarrado lo que había oído? No. No podía ser eso. Mis presentimientos horribles eran los que dentro de mí imprecaban, con voces de supremas angustias.

¿Quién iba a gritar, si, de seguro, lo que me esperaba en medio del camino era un cadáver, el cadáver del cabrero sin fortuna, del pobre hombre asesinado a mansalva, por obra de mi interés maldito, y de mi dinero maldito y aborrecible también?

Pero sí, gritaban. Era verdad que gritaban. Y ayes de profundo dolor. Y quejidos de mortal desesperanza... Todo eso lo estaba yo escuchando. Pero lejos, lejos todavía. El reposo de la noche, en pleno campo, me traía el eco apagado, diluido en el ancho espacio, imposible para las exactas percepciones del oído atento.

¿Lejos? ¿De verdad se oían lejos las

exclamaciones desoladas?... ¡Dios mío, Dios mío!... ¿Qué era aquello, qué podía ser aquello?...

Mi alma se perdía entre un interminable laberinto de conjetura, de suposiciones, de verdades tan enrevesadas y confusas, que parecían falsedad o error, o vana alucinación sentida. Tan pronto se me presentaba todo claro y manifiesto, como todo quimérico e imposible. Instantes venían en que percibían mis oídos gritos y ayes lejanos, y momentos hubo en que allí, a pocos metros, clamaba, herido de muerte, un hombre. Y a veces, todo en silencio, un silencio acusador, insinuante de fantasías desbocadas, pesaba sobre mi pecho y lo oprimía, lo oprimía bárbaro y cruel, ahogándolo, aplastándolo, hundiéndolo para siempre en una caverna oscura y misteriosa, donde eran mis sentidos los propios enemigos de mis sentidos, y eran mis pensamientos los verdugos torturantes de los pensamientos míos.

Llevaba ya perdida, con la excitación, la idea del tiempo y de la distancia. Tantas y tantas impresiones, habíanme dejado torpe y casi inútil para la verdadera impresión de la realidad.

Por eso, cuando al descender a una hondonada del camino, oí ruido de una caballería que parecía abandonada y suelta, cuando ya comprendí que todo, ¡todo! lo tenía delante, y que la trágica escena me esperaba allí mismo, me quedé sorprendido, pasmado, como si de pronto hubiera surgido aquello ante mi vista, sin previas adivinaciones.

¡Dios mío, Dios mío!... Ansiedad y miedo, horror y atracción, anhelo de que todo se hiciera claro y detallado a mi vista, y deseo oculto de que todo

apareciese infinitamente velado y envuelto en el misterio siempre, siempre...

De mi estado de ánimo me sacó bruscamente una voz angustiosa y recia de hombre.

¿De Basilio?... No, aquella no era la voz de Basilio.

¿Quién llamaba?... ¿Quién se quejaba, entonces?...

¿A quién había herido *El Cartucho*?... ¿Era éste el que había disparado?...

Cuando ya parecía que las confusiones tocaban a su fin, en mi alma, nuevas confusiones y dudas surgían ahora; no sabría bien explicar yo si más o menos torturadoras que las de antes.

La caballería que sentí moverse en la hondonada, espantóse ahora de verme llegar, y con el espanto, arrastró tras de sí un bulto, que era el hombre, y que entonces redobló sus ayes y sus quejidos.

Y conocí la voz. Claramente percibí el acento del que parecía herido o maltrecho.

Era el tío Jeromo.

Sin apresuramientos, para no espantar de nuevo a la bestia, que parecía tener enredado el cabestro al cuerpo del viejo, caído y doliente, llegué al sitio de la desgracia. Efectivamente el tío Jeromo yacía en tierra, y liado a un brazo y al cuello, tenía el roncal de la caballería, que ya más tranquilizada, me dejó hacer.

Presa de un desmayo, o acaso agónico ya, el pobre hombre, desenredado e incorporado por mí, que le sostenía apoyado en mi pecho, aparte la respiración, fuerte y dificultosa, no daba más señales de vida.

A la escasa luz nocturna ví que el tío

Jeromo estaba lleno de sangre, que le brotaba de un hombro, donde debía estar herido. Intenté reanimarle, zarrandéandole levemente, y llamándole por su nombre varias veces.

Como despertando de un sueño fatídico, no respondió, pero yo ví que abría los ojos, que me miraba desencajado y atento, como si no me conociese y quisiera averiguar, con deseos grandísimos, quién yo era.

Abrió los labios, desfallecido, para decir con un hilo de voz, apenas perceptible:

—Agua... Quiero agua...

Me quedé atónito y confuso, ante la demanda que me pareció imposible de cumplir. Pero reflexioné en seguida. Sí, tal vez en las alforjas habría agua.

Recosté cuidadosamente al herido, a un lado del camino, sobre unas matas para que no estuviera tendido completamente, en el suelo. Busqué afanosamente, en las alforjas colganderas, encima de la caballería, y mis manos tropezaron en el fondo de uno de los cujones, con un barril panzudo y rezumante, que al salir, dejó escuchar en su seno, con glogleteo sonoro, el apetecido socorro del agua.

Quitó el tapón de corcho, con intencionada prisa que hizo más lenta la operación, y corrí al lado del tío Jeromo. Bebió, bebió ávidamente, con delectación suprema y ambiciosa.

Y, de pronto, le vi incorporarse por su propio esfuerzo, palpase las ropas, mirarme con enorme extrañeza, primero, y después con altivo desprecio, con odio incontenible que le borboteaba en los labios, mojados aún y rebrillantes del agua.

Todavía no me habló.

Tal vez no pudiera hablar, todavía.

Al tocarse las ropas habíase llenado una mano de sangre, y ahora, al pasarse esa mano por la frente, queriendo despejar el aluviòn de pensamientos que sin duda se revolvían en su alma, dióse cuenta de la herida. Y entonces ví yo el valor gigantesco y la tranquilidad incommovible del tío Jeromo. Y entonces, también, debió él acabar de darse cuenta de lo que había ocurrido.

Con inesperada energía y serenidad, me habló:

—De jierro colao tienen que ser mis güesos, cuando no me queé en la estacá... ¡Bien, bien ha cumplío su papé *El Cartucho!*... ¿Verdá usté, señorito Paco?...

Recalcó la palabra «señorito», arrojándomela al rostro, como una bofetada. Yo, lleno de dolor, y de miedo, y de vergüenza, con frases entrecortadas, quise convencerle de que no hablase, de que debíamos ante todo, preocuparnos de su herida, por si acaso era grave.

Y ya iba a pedirle perdón, bañados los ojos en lágrimas, cuando me atajó rápidamente:

—Déjeme usté hablar a mí... Ahora me toca a mí hablar, ya que tanto tiempo le ha tocao a ustè jacer... lo que usté sabe que ha jecho... Yo sé que estoy jerío, y de cudiao... Que no sargo de la que tengo... Aquí drento, cá ves más drento, me escarabujea el peazo de plomo... que se llevará el jilacho de vía que me quea... No tira malamente *El Cartucho*... ¡Pero poía habé tirao mejó ahora, retoño!... Me hubiera librao de este trago... que no es flojo... También se ha equivocao en la pieza er cazaó...

¿Verdà, usté?... No, cáyese usté..., ¡señorito!... En estos instantes, yo soy er que manda... Sesenta años me ha tocao obedecé y ser mandao...

Y tras de una pausa:

—No le yame a usté la atención, que yo sepa lo que estoy diciendo... Tóo... Lo sé tóo... Yo he uío cosas, y luego, las otras cosas, demasiao me las figuro... Por un ventaniyo de la casa me enterè der trato que usté jacía con la *Lagarta*... Ganas me dieron cuando entré, de echa-les mano ar gañote, y quearme con los dos entre las manos... Me sobraban juerzas... y tamién me sobraban reaños... Pero toa una vía de honraes, no es razón que vaya a dar de cabeza en un presiyo... Cá uno es cá uno... y tós no semos escapás de portarnos como usté con mi hija... y conmigo..., ni de mancharmos las manos con sangre de otro... No pueo jerirle menos con las palabras... ¡señorito Paco!... Pa que no cayese Basilio... he querío caer yo .. Ayí está el hombre en el pueblo, irnorante de lo que pasa.. Usté, se conoce que no ha poío estase en la cama tranquilo... Los reconcomios, son mú malas dormieras...

Luego de otro descanso, breve, continuó el tío Jeromo:

—Ahora... Ahora..., yo pienso que se acabará tóo... Que usté se dirá lejos de aquí, pa siempre..., sin procupase más de mi hija... En sesenta años a su alreò... es la única cosa que le pío... y ya con er pie en la sepultura... No sabe usté bien lo a gusto que me muero... Dios se ha acordao de mí, atándome pa siempre la lengua y las manos... que ya no iba yo siendo escapás de sujetarme ¡señorito Paco!...

Hizo una pausa más larga, y terminó con suprema amargura.

—¡Si pudiá yegar a casa.. , pa morir-me en la cama... como las presonas!...

Lloraba, lloraba el viejo santo, como un niño...

Yo... ¡También lloraba yo!... ¡Dios mio, Dios mío!... ¡Y cuantas, cuantas lágrimas he derramado después, pensando en la escena aquella, que se me quedó plasmada en el corazón, para siempre!...

Yo no sé explicar cómo pude ser tan infamemente malo y cruel con aquel hombre, bueno con bondad heroica, recia, austera, inconmovible... Después de lo que me dijo, con una energía que el alma suya gigante prestó a la carne desfallecida, le vi erguirse, ponerse de pie unos momentos, acercarse a la caballería con pasos normales...

Resucitó en mi pecho una esperanza gloriosa... ¿Se podría salvar aún la vida del tío Jeromo?...

Pero no, no... Todo había sido un impulso de la naturaleza, fuerte como el tronco de una encina, que no se resignaba a ser vencida por el rayo que llevaba en las entrañas.

Vi que no podía, el hombre, montar. También lo vió él. Y como yo me acercase, ofreciéndole calladamente mi ayuda, nuevamente recobró ànimos para encararse conmigo, y decirme:—No..., ¡señorito Paco!... Bastante ha jecho usté aquí, ya... Déjame usté..., déjame usté... que toavía le sobran al tío Jeromo reaños pa morirse solo... sin ayúa de naide....

Y no dijo más.

Su boca, ya no podía decir más palabras. Pesado, rotundo, desplomóse al

suelo, el hombre. Ni tiempo me dió a tenderle mis brazos Cayó, muerto, en mitad del camino, y a la escasa luz, aún pude divisar en su rostro las arrugas firmes de un gesto de fortaleza indomable. La energía de ese gesto, la había respetado la muerte...

Toda la noche me la pasé velando el cadáver del tío Jeromo. Toda la noche me la pasé llorando por él, por el muerto, a cuyo asesino yo había pagado... y por mí, que en aquella oscuridad vi, como a la luz del sol, el remate de toda mi vida extraviada.

.

Ni despierto, en la plena consciencia, pude librarme del agudo martirio de las pesadillas más inquietantes.

A veces, de entre las sombras que me rodeaban, surgían extraños seres, vigorosos, feroces, que, poco a poco, me metían en el cerco de sus odios vengativos y de sus armas amenazantes. Eran hombres de pelambreira espesa, de ojos relucientes como los de los lobos, de manos huesudas y fuertes, negras y peludas, cual garras enormes... Y blandían al aire corvos cuchillos, con los que me señalaban el cuello y el corazón. Tanto se aproximaban, que en las carnes llegué a sentir el frío horrible de los filos, y muy dentro del alma, la seguridad de la muerte que llegaba...

Se iban los hombres, y era solo *El Cartucho* quien venía, a exigirme cuentas del crimen cometido. Riendo con risa de los infiernos venía el verdugo, y a modo de saludo, me enseñaba tintas en sangre sus manos, y humeante aún el cañón de la escopeta. Allí, solos ante el cadáver del inocente, *El Cartucho* quería que yo le diese más dinero. Era

muy poco lo estipulado por la tía *Lagarta*. Con eso no tenía él ni para empezar. Le arrojaba yo la cartera, y guardándosela sin mirarla por dentro, me exigía más aún. Y se avalanzaba a mí, y me registraba todos los bolsillos.. Cuando nada veía que pudiera llevarse, cargó la escopeta, y me apuntaba, escondido entre la maleza, con serenidad de cazador experto...

Nuevamente desvaneciase la visión, para dar paso a otras, si es posible más mortificantes y crueles. Guadalupe, camino adelante, venía buscando a su marido. Y al verme, ante el cuerpo tendido en tierra, creyéndome vencedor del rival, se abrazaba a mí, jubilosa, y quería arrastrarme en pos de ella, tentadora, incitante, luminosos los ojos de lujuria y rezumantes los labios del licor dulcísimo de los besos, que brotaban incendiados en la lumbre de los deseos...

Pero al desasirse de mí, sus pies tropezaron con el cadáver de su padre. Cuando le reconoció, trágica de odios y de corajes ferinos, me escupió al rostro todos los insultos más groseros, y desesperada, muriente de dolor y de indignaciones, me desgarraba las ropas, me desgarraba las carnes, buscándome el corazón, saco de traiciones y de cobardías, para echárselo a los perros de la majada, que allí cerca estaban, esperando la presa, abiertas las fauces, como grandes heridas que sólo con mi sangre podían ser cerradas.

.

Pero no, no hacían falta exageradas manifestaciones de la fantasía, para que yo, en aquella noche, sufriese las torturas de una verdadera condena-
ción.

(CONTINUARÁ)



G A L I C I A

Peregrinaciones

Compostela. = Sus piedras y sus risas

MARIN, el pueblecillo pesquero, con sus caseríos grises y su mar, gris también bajo los cielos nubosos; Villagarcía, con su amplio puerto por el que corren descalzas las mujeres que ganan un jornal en la carga y descarga de los barcos, mientras el marido arranca su presa a las aguas—el que es pescador—o cultiva su tierra—aquí donde todos son terratenientes—o duerme tranquilo y feliz... Todo va quedándose atrás y dejándonos en los labios el sabor salado de la brisa marina y en los ojos el manto azul turbio de las olas con sus penachos blancos de espumas.

El tren va metiéndose tierra adentro, haciendo crujir y lamentarse los viejos hierros y las viejas tablas de sus vagones, supervivientes milagrosos de aquellos ferrocarriles que asustaban ingenuamente a nuestras abuelas, y que bastaron para envanecer a nuestros abuelos con los progresos de su siglo...

Se ha dicho que un viaje por España, ofrece la vanidad de un viaje por el mundo. Que España es Suiza en Ga-

licia; y Londres en Bilbao y París en Barcelona; y Oriente en Andalucía, y la costa azul en Valencia. Todo un poco en diminutivo, como las moquetas que de un edificio o de un monumento nos ofrece el arquitecto o el escultor en su estudio. Pero un viaje por España, es también una ruta abierta en la superficie de la civilización.

En ningún otro país de Europa, podemos encontrar tanto testimonio vivo de la evolución industrial, de las transformaciones mecánicas o científicas. Junto a la ciudad moderna, en la que vibra toda la actividad actual, la ciudad que parece inmovilizada, dormida, en una hora pasada. Vigo y Pontevedra, por ejemplo de una y de otra población. Así, este viaje de Vigo a Pontevedra y Santiago, en el que los ferrocarriles se reparten en la vida de hoy y la vida de ayer...

El tren—chirriando, crujendo,—deja la costa, y penetra en el prado y la vega, que pinta la tierra mimada con las luces vivas de una floración exuberante y ópima, apretando en sábanas verdes los caseríos de adobe que tienen un hórreo, desde cuyo balcón, parece que habrá de despedirnos una mano de mujer. Porque el balcón del hórreo, abierto al camino de hierro, es como un mirador romántico, cuyo pres-

tigio fracasa siempre, al pasar el tren, dentro del corazón del viajero que espera...

En alguna estación, silenciosa de lluvia y de distancia del poblado, sale a recibirnos el gaitero; es algo casual, seguramente; o tal vez una costumbre de Galicia: quizá casi el propósito de que la gaita—nota que tiembla en el aire un instante, como sollozo de niño,—le diga el secreto inefable del paisaje al caminante que pasa con el espíritu y los ojos herméticamente cerrados *a la emoción de andar*.

Junto al gaitero hay un hombre que canta. Apenas si hasta el tren llegan palabras confusas y sin posible coordinación de unas con otras. Pero la canción tiene un dulce ritmo lento, que se prende a los engranajes del ferrocarril, y que nos acompaña luego en todo el viaje, a través de los prados verdes y los caseríos blancos. Y que rima bien con los ganados que marchan con paso taciturno por sus carreteras, y con la mujer que ordeña a la vaca bajo la parra de una puerta, y con la parda torre de una iglesia de aldea, en la que la campana volteando es como una oración campesina; y con el rapaz que corteja a una moza en la linde de unos encinares, por los que, tal vez, una leyenda, diga que el espíritu malo cruza entre olor de azufre en las noches de invierno... Y con la lluvia que lagrimea en los cristales desvencijados y movedizos del viejo vagón.

Vamos atravesando unas montañas y en cada revuelta alcanzamos a ver nuevas agrupaciones de caseríos presos entre valles floridos.

Y al fin, allá, sobre la pizarra gris

del horizonte, parece como si alguien hubiese trazado con tiza, el perfil de unas torres románticas... La solemnidad de la piedra compostelana se yergue en la lejanía y luego más cerca, y ya tan próxima que parece un forillo de teatro entre los bastidores de la arboleda...

* * *

No; guías, no... Extractos de textos enciclopédicos, no... Hay que huir del catálogo: hay que evitar al cicerone que nos fatiga con historias y con leyendas improvisadas por su trapacería codiciosa. Hay que llegar a Compostela con el corazón abierto a la emoción de cada calle, de cada monumento, y de cada piedra... Y con el alma en meditación. Pero sólo y sin el gesto altivo del erudito; como un ignorante peregrino humilde, desnudo de intelectuales pedanterías, como descalzo de sandalias.

La Catedral... La Universidad... Santiago de Compostela vive a la sombra de la Catedral y a la luz de la Universidad. Y este es el contraste. El contraste que es el alma de todos los pueblos.

La Catedral y la Universidad de Compostela, siendo el contraste que confunde al turista con el alma de la ciudad. Porque el silencio y la serenidad magnífica y solemne y augusta del templo, sólo sirven como de fondo de aguafuerte al tapiz galante y jocundo de la estudiantina.

Es domingo. En el pórtico de la Catedral, tiende su mano sarmentosa, arrugada y trémula, una viejecilla implorante, y su canturreo, en el dialecto

de la tierra, parece un romance de brujas y de mozas presas del demonio.

Y ya dentro,—dentro de la Catedral que es como decir dentro del espíritu religioso y artístico de Galicia—los amplios cruceros, los turbios vitrales, los pilares ulcerados de ancianidad, los recios muros, fríos de siglos, y que todos los humos de incienso no templan, la fe intacta, el perfume de misticismo nos invade, y el alma de la piedra ungida de seculares reverencias prende en la nuestra sus maravillas y el olor de los incensarios que viene desde el altar mayor, parece que nos emblanquece los cabellos de las sienes al envolver nuestra cabeza.

Ha concluído la misa, y el templo comienza a quedar solitario. Una mujer—una mujercita—cruza su rostro con el signo cristiano, trenza el rosario sobre el guante, en su muñeca, y sale despacio bajo los techos de mediodiempo y entre las sólidas columnas, tras las que cruza despacio también, la sombra del estudiante clásico,—joven, gallardo y aventurero—que hace de su tabardo capa que encubre todas las picardías.

La Catedral queda en penumbras. Se apagan en el altar mayor algunas luces. La piedra vuelve a reposar; y bajo la piedra sigue el sueño sin fin de las tumbas de aquellos que hallaron en el templo su postrer albergue.

Vuelan jubilosamente las campanas de la ciudad. Ya es la hora meridiana del paseo de los domingos. Y en las calles, los piropos de los estudiantes;—piropos encarnados y pasionados como los claveles andaluces—se cruzan con las miradas y las sonrisas de

las señoritas compostelanas, que ofrecen siempre un pedazo de corazón para jugárselo en estos breves y dulces noviazgos de los meses de exámenes.

La calle es gris; está enlosada como un claustro; tiene unos porches húmedos siempre, que hacen cobijo para el traunseunte y sombra para los secretos de amor. Un caserón en ruinas, quiere hablar de vejez... Pero el pasodoble optimista de la estudiantina, ahoga sus voces.

Y ríe la ilusión de las mujeres, y palpita la sangre juvenil y acecha la eterna burla de las conquistas de primavera, escondida bajo los soportales en el misterio de las encrucijadas.

* * *

Hasta que el día se extingue, las señoritas han ido recogíendose. Las piedras se confunden con la noche en una sola negrura. Compostela reposa con las primeras sombras nocturnales, sin más rumor que el bronco sonido de las campanas, que parecen tocar a muerto, o el guitarreo de un grupo de estudiantes que pone regocijos de juventud, acordes de alegría y de risa, sobre la noble vejez pensativa de las piedras solemnes y de los monumentos gloriosos...

José Romero Cuesta



V A L E N C I A

**Crónicas alcoyanas. = Fernando Cabrera
y la "Fiesta de la Provincia"**

JUSTO es confesar, con íntima gratitud, que Alicante no olvida ninguna ocasión para demostrar su afecto

hacia Alcoy, bien interesándose por su progreso material, bien tributando caballerosa pleitesía a los más preclaros hijos de la fabril ciudad que arrulla el Serpis.

Muchos son los alcoyanos que han recibido cariñoso homenaje de las autoridades y público de la vecina capital. Pero ninguno ha sido tan solemnemente agasajado como el ilustre pintor D. Fernando Cabrera, con motivo de la exposición de 34 cuadros suyos, que son otros tantos poemas reveladores de un espíritu delicado, de una aptitud privilegiada, de un corazón de artista.

* * *

El historial de D. Fernando Cabrera está florido de triunfos. Joven aún, fué pensionado por la Diputación alicantina para cimentar sus estudios en Roma. En Alcoy trabajó bajo la acertada dirección del eminente pintor alcoyano D. Lorenzo Casanova. Luego pasó a Madrid y fué discípulo del gran maestro D. Casto Placencia. Con su primer cuadro «¡Huérfanos!» obtuvo segunda medalla en la Exposición Nacional de 1890. Sus magníficas obras «¡Tierra!», «En el coro», «Mors in vita», «¡Náufragos!», «Cuentos de brujas», «La Calera» y otras muchas, han conseguido elevadas y merecidas recompensas en importantes torneos artísticos. Mas su obra cumbre que parece una ilustración de la «Divina Comedia», es su lienzo «¡Al Abismo!», premiado con medalla de oro en la Exposición Nacional de 1906 y adquirido luego por el Estado. El grandioso asunto desarrollado en esta producción, el gesto de terror y de pesadumbre de las figuras, el fondo

dantesco sobre el que ellas se destacan, impresionan profundamente y dejan en nuestro espíritu una emoción que tarda en extinguirse.

«El Santo del abuelo», galardonado con primeras medallas en varias exposiciones internacionales, es una fiel demostración de las múltiples facultades de este eximio artista. Todo cuanto en el cuadro anterior hay de grandioso, de terrible, de apocalíptico, en éste se cambia en júbilo familiar, en plácida ternura, en fiesta sencilla para celebrar el onomástico del sonriente y bondadoso viejecito.

Mas no es mi propósito describir una por una las bellísimas concepciones de Fernando Cabrera. Su labor—creada con sosiego, con amplio conocimiento teórico y práctico de su honrosa profesión—es bien conocida por cuantos siguen atentamente el desarrollo pictórico de nuestra patria.

Baste decir que ha conquistado medallas en París, Madrid, Valencia, Zaragoza, Méjico, Barcelona, San Francisco de California y otras ciudades de importancia; que ha formado parte dos veces del Jurado de las Exposiciones nacionales; que ha sido nombrado por sus méritos hijo adoptivo de Alicante y predilecto de la provincia; que su producción ha merecido justicieros elogios de los críticos más eminentes y que su numen está todavía fecundo para concebir nuevos primores artísticos, para pintar nuevos lienzos en los que la Naturaleza o las figuras adquieran una vitalidad asombrosa y un colorido deslumbrador...

* * *

Recientemente, la Diputación de Alicante, cooperada por el Ayuntamiento de esta capital y por varias entidades oficiales y particulares, ha obsequiado con un espléndido banquete a mi ilustre paisano, cuyo acto sirvió para patentizar nuevamente los sentimientos afines, los lazos espirituales, los idénticos latidos que unen a las dos ciudades levantinas.

Cabrera leyó unas cuartillas de gratitud que emocionaron al auditorio, y terminó deseando que se celebrase anualmente un acto de cordialidad y de amor que se titulara «La Fiesta de la Provincia».

La idea pareció admirable y diversas personalidades tratan de llevarla a la práctica, con fin de estrechar las relaciones entre los pueblos hermanos y fundirlos en un abrazo fervoroso y sincero.

La celebración de esta fiesta es, a mi humilde entender, muy conveniente. Hay que buscar todos los medios para que nos conozcamos y nos amemos con más efusión que hasta ahora. Alicante y Alcoy—separados por estériles montañas—no se han comprendido aún bastante, y por ello, las relaciones que han mediado hasta el presente han sido cortesías oficiales más que entusiasmo y cariño de las multitudes. Es necesario, pues, iniciar un movimiento de aproximación espiritual—pues la material sólo es posible con el proyectado ferrocarril—y trabajar unánimemente por la pronta realización de «la Fiesta de la Provincia».

No debe de estar simbolizada ésta por un banquete, ni concretada en elocuentes discursos, sino que ha de nacer de todas las almas y de todos los corazones. Esta fiesta debe de ser la manifestación de los valores morales, científicos, artísticos, industriales y mercantiles de uno de los territorios más ricos y laboriosos de España.

Debe de ser, no sólo un resumen que cierre los triunfos del pasado, sino también simiente fecunda que anuncie glorias para el porvenir; no sólo la satisfacción de los éxitos conseguidos, no sólo público homenaje a los alicantinos ilustres; sino además, lumbrera esplendorosa que guíe a la Juventud por los nobles derroteros de la paz, del trabajo y del saber.

* * *

Es un alcoyano—Cabrera Cantó—quien ha expresado esta idea loabilísima. Es Alicante quien la ha recogido benévolamente.

Distinguidas personalidades intentan llevar a cabo tan hermosos proyectos.

Por mi parte, ansío que no se enfríen esos entusiasmos, y que, así como las autoridades de Alicante y de Alcoy han dado recíprocas muestras del hondo afecto que las une, sean todos los pueblos, sean todos los seres alicantinos quienes se asocien férvida y espontáneamente en armonía espiritual.

Alfonso Carbonell

Alcoy, Julio de 1926.



Ricardo de Montis

Con motivo de la publicación del tomo sexto de *Notas Cordobesas*, va a dedicarse un homenaje al veterano periodista cordobés D. Ricardo de Montis. Es voluntad de los organizadores del homenaje que éste no quede reducido a brindis y discursos elocuentes; si no que además sea algo práctico, que redunde en el bienestar y la tranquilidad económica del venerable escritor. Bien están las cruces y los nombres de calles, y los títulos honoríficos. Pero el viejo escritor ya sabe de memoria lo que es eso. El homenaje espiritual se lo rinden, fervoroso, día tras día, los lectores de sus páginas sencillas y emotivas. Hace falta el otro. Que el que dedicó su vida entera a irradiar con su pluma luces de ideal, no vea, al fin de la jornada gloriosa, más negruras que las de hoy: las que perciben sus ojos cansados, que saben de las infinitas veladas ante las cuartillas. Córdoba debe a Ricardo de Montis una recompensa que hable de comprensiones y de gratitudes.

Martín Mayor

El premio de 5.000 pesetas, ofrecido por el Sr. Luca de Tena para la mejor composición sobre la hazaña del «Plus Ultra», ha sido concedido, por votación

del público, a la poesía «Plumas de cóndor», original de D. Antonio Martín Mayor, escritor joven y novel. Y claro, llueven las protestas. ¿Por qué no hay escalafones?

Un concurso literario

Creada por Real decreto de 8 de Febrero del presente año la fiesta del Libro Español, en conmemoración del nacimiento de Cervantes, se ordena a cada una de las Cámaras Oficiales del Libro, de Madrid y Barcelona, la concesión de un premio de 1.000 petetas «al artículo periodístico que se publique en idioma español y reúna mayores méritos, como estímulo de amor al libro o como medio de difundir la cultura».

La Cámara Oficial del Libro de Madrid anuncia la convocatoria para ese premio, con arreglo a las siguientes condiciones:

Primera. Podrán aspirar al premio del presente año los trabajos de escritores nacionales, publicados desde la fecha de esta convocatoria hasta el 15 del próximo Septiembre, en idioma español y en un periódico o revista editados en cualquier localidad de España.

Segunda. Los trabajos—que no podrán pasar de tres por autor—se enviarán al presidente de la Cámara Oficial del Libro, de Madrid, Luis Vélez de

Guevara, 10, primero, indicando en el sobre ser para este concurso, desde el día 16 de Septiembre al 25 del mismo mes, recortados y pegados en una o varias hojas de papel tamaño comercial (27 por 21 centímetros), con objeto de facilitar el trabajo del Jurado. A la cabeza de cada pliego se escribirá el mismo lema. Bajo sobre cerrado, y con el mismo lema de los pliegos, se indicará el nombre del autor, el título del artículo o artículos remitidos, y el del periódico y la fecha en que se hayan publicado.

Tercera. Un Jurado, compuesto de personas autorizadas y técnicas, cuyos nombres no se harán públicos hasta después de la emisión del fallo, procederá a la calificación de los trabajos presentados.

Cuarta. El concurso no podrá declararse desierto, y el premio será entregado en un acto público, que tendrá lugar el día 7 de Octubre próximo, en conmemoración del natalicio de Cervantes.

Quinta. Tanto el artículo premiado como los demás que se presenten al concurso podrán ser publicados y difundidos por la Cámara en la forma que crea conveniente.

Madrid, 11 de Agosto de 1926—V.º B.º El presidente, *Julián Martínez Reus*.—El secretario interino, *Pedro Sainz y Rodríguez*.

Las ruinas del circo romano de Toledo

La Comisión provincial de Monumentos, ha acordado, entre otros asuntos, terminar la restauración de la puerta de Santa María la Blanca y acometer unas importantes excavaciones en el recinto

del circo romano, de las que se esperan interesantes resultados arqueológicos.

Agustín de la Villa

En Gijón se ha celebrado un banquete en honor del poeta don Agustín de la Villa, por el triunfo obtenido en el certamen literario de la Felguera, donde alcanzó el primer premio por su sainete asturiano «La Santa Copaña».

Diccionario Catalano-Valenciano-Baleár

Ha comenzado a publicarse esta obra, monumental por su presentación y por el esfuerzo que representa. Su autor, el canónigo mallorquín D. Antonio Alcover, ha buscado la colaboración de muchos filólogos de estas Regiones para su Diccionario, que merece los mayores elogios.

Busto de Llorente en Buenos Aires

Por el Círculo Valenciano de Buenos Aires, se ha erigido un busto en bronce, del gran poeta Llorente.

León Leal Ramos

En la Prensa de Cáceres se ha hablado de un homenaje al meritísimo sociólogo D. León Leal Ramos. Celebraremos que el homenaje se celebre y que resulte digno del ilustre escritor

Un número del "Times" dedicado a España

El *Times* ha publicado un número especial, dedicado al resurgimiento de España, consagrando artículos a su comercio, industria, agricultura, transportes, colonias, ferrocarriles, historia, arte y literatura, y exponiendo igualmente las reivindicaciones de España con relación a un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones.



La nacionalidad española de Colón

«A B C» ha publicado un interesantísimo artículo con este título. Entresacamos algunos párrafos:

Don Prudencio Otero, el entusiasta defensor de la nacionalidad española de Cristóbal Colón, aduce los signos, para él evidentes, de que el inmortal navegante nació en tierra gallega.

—Pero yo no me explico—dice, vibrante y encendido, el anciano y formidable adalid—cómo hay aún quien dude de que Colón nació en Galicia.

El rostro de D. Prudencio Otero se ilumina con el resplandor de la verdad entrevista. En su palabra pone trémolo, la fogosa convicción que se escapa a borbotones:

—Jamás, jamás, jamás—prosigue el señor Otero—habló en italiano Colón. Cuando el inmortal descubridor olvidaba palabras del castellano las substituía, ¿con palabras genovesas, italianas?; no, sino con palabras gallegas, especialmente entre éstas de la ría de Pontevedra, que son típicas y exclusivas de esta región. ¿Más signos de evidencia? Pues vea usted: llega Colón a América y da a CUARENTA Y SEIS PARAJES de la tierra recién descubierta los nombres de otros tantos sitios de las rías de Pontevedra, de Vigo y de Arosa...

—Pero ¿qué más? ¿Quiere usted una partida de bautismo de Colón, la más auténtica, la que no admite falsificaciones? atienda un instante: Cuenta el padre Las Casas que, durante la primera expedición de Colón, al llegar el 19 de Diciembre, cuando amanecía, se levan-

tó el Almirante y mandó embanderar sus barcos de armas y preparar las lombardas para echar cañonazos. ¿Qué pasaba aquel día para así dar expansión al júbilo y festejar la fiesta? Aquel día—19 de Diciembre—era la fecha de la Virgen de la O, patrona de Pontevedra, desde hace diez siglos. ¿Qué genovés hubiera tenido la peregrina idea de acordarse de la Patrona de Pontevedra?

—¿Por qué—pregunta el Sr. Otero—había de poner Colón a la isla el nombre de San Salvador? Nadie dice ni dijo nunca el «San Salvador del mundo», sino sencillamente El Salvador. ¿Por qué, pues, SAN SALVADOR? ¡Ah, amigo mío! Es que la parroquia en que nació Colón no fué nunca El Salvador de Poyo, sino que fué siempre SAN SALVADOR DE POYO.

—Y mire; hay otra *partidiña* de bautismo, al alcance de todo el que haya leído unos rudimientos de la historia del descubrimiento de América; ¿sabe cual? Pues escuche: uno de los compañeros de expedición de Colón propone a éste que a una de las islas descubiertas se le llame la *Castellana*. Oyelo el Almirante y tuerce el gesto con desagrado: rechaza la propuesta y decide que, en vez de la *Castellana*, la nueva isla se llamará la *Española*. ¿Qué hay de esto? Pues hay que gallegos y castellanos no andaban por entonces muy en armonía, y el Almirante gallego no transigió con evocar a Castilla en el nombre de la isla, a la que dió, cosa muy gallega también entonces, ahora y siempre, uno que significara el amor de Galicia a España...



Año II - SUPLEMENTO DE LETRAS REGIONALES - Núm. 14

En esta sección colaborarán fácilmente, los escritores que quieran darse a conocer. Encarecemos a todos la brevedad, indicándoles que serán preferidos los trabajos que más se acomoden al carácter regional de la Revista.

SACRIFICIO

En el regazo de una verde montaña que eleva sus afilados picos hasta tocar en el cielo, ostentan su blancura maravillosa, un puñado de casas, dispersas entre el follaje.

Diríase una bandada de albas palomas, que picotean buscando el sustento.

Es la aldea de San Antón, o «Santón» como la nombran sus naturales y convecinos. Es el pueblecito donde Mari-Cruz, vió por vez primera alumbrar el sol; ese sol de «Santón», cuya luz se filtra por el tamiz de la arboleda, bañándola de un perfume embriagador.

Mari-Cruz según fama, es la moza más guapa del valle; porque ninguna tiene los ojos tan negros como ella, ni los labios tan frescos, ni el talle tan garboso, ni el cabello de azabache que ella tiene.

Su belleza, la cuesta algún disgusto, y la evidia de otras mozas, que se ven olvidadas de los más apuestos galanes,

porque estos, emplean sus rústicas finezas en el cortejo de Mari-Cruz.

Entre los mozos que rondan la casa de la moza garbosa, ninguno con más afán que Toribio el hijo del Molinero; un muchacho alto, de rostro ce-trino y profundo mirar. Su rival, es «El Cachorro», fornido gañán de burdas maneras, que al cruzarse con Toribio, le contempla con aire retador.

Era fiesta en «Santón». En una pradera, la gaita lanzaba al viento sus inefables melodías. Llegaban las mozas compuestas con los mejores atavíos; mientras, los mozos esperaban escanciando sidra.

No faltaban en torno al gaitero, una docena de viejos, que entre bocanadas de humo, mascullaban sus secretos.

El baile había comenzado.

Un poco separados, seguían bebiendo unos mozos con «El Cachorro».—Toribio non vino—díjole uno—. Esta tarde será para él Mari-Cruz.—Non será—afirmó «El Cachorro».—Y entre burlas y decires, continuaron su alegre charla.

La gaita hizo un alto, que también el gaitero había de beber.

Los bailadores en tanto, hacían brotar ruidosas carcajadas de las gargantas de sus parejas. Mas hubo un instante en que enmudecieron todas las bocas. Por la pradera avanzaba Mari-Cruz a la diestra de Toribio.

Un murmullo siguió al silencio; luego la gaita oyóse de nuevo.

Quizá con el descanso cogieron nuevos bríos; pues ahora, bailaban con una rapidez inverosímil, haciendo mil cabriolas indescriptibles.

¡Cómo gozaban las viejecitas fumadoras!

Lo decían sus ojillos chispeantes, que no se apartaban de los bailadores, si no cuando apuraban la dorada sidra que algún mozo las ofrecía. ¡Acaso al beber se inundase su pecho de tiernas remembranzas...!

Mas de pronto, paró el baile. Se oían gritos. «El Cachorro» y Toribio luchaban.

Algunos mozos quisieron separar a los contendientes, pero la pistola de Toribio, apuntaba ya al pecho de «El Cachorro».

Mari-Cruz, de un salto, puso su cuerpo entre los dos rivales. El disparo sonó inevitable, y la frente de la moza, tiñose con su misma sangre, al tiempo de caer inerte.

* * *

La gaita había enmudecido...

Allá en los enhiestos picachos, agonizaba el sol en una mueca de infinita melancolía.

Jesús Riego



ANOCHECER

Anochece, en la vieja calleja solitaria parece que la vida cesó por un momento. Sólo se oyen las voces, con unción de plegaria que rezán las campanas del cercano Convento. Cruzan unas viejucas con sus mantos cubiertas, camino de la Iglesia se alejan renqueando; pobres vidas, humildes, calladas y desiertas que murmurando rezos las horas van matando. Las horas que en venganza las matarán un día apagando sus vidas por el dolor gastadas, por los trabajos rudos que agotan la energía por Dios sabe qué penas ocultas destrozadas. Esta fué en otro tiempo feliz, Madre y Esposa y la Muerte implacable le robó su cariño, otra es vieja, soltera, que se acerca a la fosa sin saber de la risa luminosa de un niño.

Pobres vidas truncadas, que no hallando consuelo en los seres humanos, sin ninguna esperanza en la tierra, dirigen sus miradas al cielo que ofrece a los que lloran la bienaventuranza.

Por la calle adelante se alejan renqueando surgiendo de las sombras al son de la campana, y en las sombras se pierden sus rezos murmurando. Hoy como Ayer... Ayer lo mismo que Mañana.

M.^a Gloria Lázaro

Barcelona.



LA CAMPANA

¡La Campana! ¡La Campana que lentamente desgrana sus melancólicos sonos en la torre ya olvidada, semeja una voz cascada cantando viejas canciones!

Tiene sabor de plegaria esa voz que solitaria se eleva en los campos yertos hacia los altos confines, ora por sus querubines, ora por sus fieles muertos.

Su tañido acompasado
en mi espíritu cansado
pone alivio, y fortalece
mi cuerpo que, sin valor,
se abandona a su dolor
y, rendido, desfallece.

Como un viejo relicario
ese bronce milenario
será siempre para mí.
¡Campana de mi parroquia,
bendito tu son que evoca
toda la gloria de aquí!

Y si algún día las manos
de malnacidos villanos
te pretenden arrancar,
¡han de quitarme la vida,
que eres tu la historia viva
de mi patria y mi solar!

Andrés Casasnovas Marqués

Ciudadela (Menorca)



M I O R A C I O N

Delante de mi Señor,
dentro de mí recogido;
mi oración es un gemido
de acatamiento y de amor;
es el místico fervor
de mi oración como incienso
de fragante aroma intenso
que a las célicas regiones
sube do los corazones
arden en amor inmenso.

¡Cómo mi alma se extasía
contemplando la grandeza
de mi Dios y la belleza
de la celestial María!
¡Oh qué inefable alegría
experimento al pensar
que puedo yo disfrutar
de tanto bien como espero!...
¡Delicias que el mundo entero
no me podrá arrebatarse!
«¡Dios mío! quiero vivir
consagrado a tu servicio
antes que entregarme al vicio
¡Dios mío! quiero morir.
¿Qué me importa a mí el sufrir,
el luchar conmigo mismo,
si del fondo de este abismo,
alma mía, en raudo vuelo
puedes remontarte al cielo
en alas de tu heroísmo?»

Fortúm-Dat



L A V I D A

Cuentan que en cierta ocasión un aldeano fué acometido por una terrible duda; por más que cavilaba no conseguía introducir en su ruda inteligencia, una respuesta que concordara a su gusto ante la tal pregunta.

Qué es la vida?—se preguntaba—y ante tal frase fijaba toda su imaginación hasta que cansado ya de tal desasosiego, tomó la determinación de visitar un señor muy «leído y escrito» (según comentaba el aldeano) que vivía en una casita que había en la cima de un monte.

Presentóse muy de mañana en casa del sabio señor, y después del consabido saludo, le formuló la pregunta que tantas veces le había desvelado. El sabio le hizo pasar a su despacho, le rogó que se sentara y ya ante él, se despojó de las gafas, las limpió cuidadosamente como para ver mejor el semblante que ponía nuestro amigo al darle él la respuesta, que ya navegaba por cabeza desprovista de cabello. Después de colocarse las gafas, le respondió:

—La vida, es según mi opinión sincera, el camino más corto que existe entre la cuna y el sepulcro.

El aldeano como es de comprender, se quedó a la luna de Valencia y después de dar las gracias cariñosamente, salió de allí, según él, lo mismo que si no hubiera entrado, porque aquella respuesta tan rara, no le cabía en la cabeza por nada del mundo.

* * *

Tan bella como un amanecer, con una piel tan blanca y suave que daba la sensación de estar hecha de pétalos de jazmines. Con unos cabellos tan rubios que dijérase que un haz de rayos de sol se hubiesen colocado en su cabeza, y que dos trozos de la noche se hubiesen fugado para colocarse de ojos en su rostro. Así de bella era ella, y yo en silencio le había levantado en mi pecho, un templo todo de flores. Pintado con azules de los cielos de toda la tierra y con verde de todos los mares. Con blancas columnas de nieve de todas las cimas, perfumado con perfumes de las miles de flores que crecen lozanas en los mejores jardines del mundo. Y ella, dentro de ese templo descansaba en un trono de ricas maderas, bajo un dosel de sedas mejores que las de los más opulentos mercaderes de la Arabia.

La quería silenciosamente, con el cariño más puro que darse puede. Tal era el amor que le tenía, que nunca se lo declaré por temor que mis rudas frases, manchasen en parte su alma pura.

Pero he aquí que un día todo vino por tierra; ni mi cariño, ni el de todos los seres de la tierra hubieran podido evitar lo ocurrido. ¡Se moría! Su alma, blanca y pura como los pétalos de las margaritas, se despedía del cuerpo más bello que alma alguna pudo poseer, y yo cerré la salida de su vida con broche recamado de la más rica valía que nadie poseyó. La besé, ese fué el broche, un beso puro, que cerró a su cuerpo la entrada del alma.

Cuando el día de los Difuntos fuí a ver el sitio donde descansaban sus restos, sufrí una decepción terrible. Un

nicho. Una lápida. Y bajo el consabido R. I. P. su nombre grabado en el mármol.

Yo, ansiaba ver otra cosa. Me hubiera gustado ver allí un soberbio panteón, en cuya tapa de piedra se levantara una mano amenazadora que con el dedo índice, señalara este epitafio:

«Si con claridad de amaneceres, y
»con tonos rojizos de ocasos de sol,
»formárais una mujer y le diérais vida,
»resultaría un borrón, comparada con
»la mujer que aquí duerme, el sueño
»eterno de la muerte.»

* * *

Y esta es la vida, mi querido aldeano, lo mismo bellas que feas. Lo mismo sabios que ignorantes, trabajan todos sin cesar, para obtener el mismo fin. Dormir en un sepulcro mejor o peor. Más bonito o más feo.

F. Ontiveros.

Antequera. 8-8-926

N ERÓTICAS

Después de mirar tu cara
Chiquilla del alma mía,
Ya puedo mirar al sol
Sin que me dañe la vista.

Tus ojos son dos lagos,
Lagos tranquilos,
En cuyas aguas quiero
Yo hundir los míos,
Y allí yo quieto
Beber hasta saciarme
De tus secretos.

En la nieve de tu cara
Tus labios son una herida;
La sangre que de ella mana
Es el néctar de la vida.

Pedro Rebollo Linares

Orihuela.

Imprenta La Española. - Librería, 28 - Córdoba

TODOS LOS MESES un número de la Revista y un anuncio como éste 12 pesetas al año, precio de la suscripción.	Ricardo Pérez Lassaleta Abogado en ejercicio Avenida Méndez Núñez, 8 ALICANTE	No deje de visitar en sus viajes de turista, La Playa de JAVEA (Alicante) Estación veraniega y uno de los más bellos parajes de la costa levantina	ELECTRO-HARINERA de S. JUAN Risco y Pozo Las mejores harinas de Extremadura Orellana la Vieja (Badajoz)
Platería de Claudio Cortés La casa que vende más barato Especialidad en composturas Platería, 56 Palma Mallorca	BAR ALFONSO XIII Bebidas y licores de las mejores marcas Alcazarquivir (Marruecos)	ENRIQUE SUREDA Felanitx (Baleares) Cintas vegetales Cordones calzado	JOSÉ GONZÁLEZ RODRIGUEZ Villalegre (Avilés) Desea la representación de exportadores, para esta provincia de Oviedo.
Fructuoso Nieto Corraliza COMERCIO Orellana la Vieja (Badajoz)	Laboratorio Calatrava Campanario (Badajoz) Pidase nota de las especialidades	Mueblería "LA INDUSTRIAL" Se remiten muebles a todas partes. Especialidad en telas metálicas. Jesús Cereijo Sánchez. Lugo, Campo de la Feria. Rabáde	José Alonso de Celada Farmacéutico Valmaseda (Bilbao)
Fonda de la Estación de Baeza Meriendas para viaje, Camas para viajeros Davant Hermanos	Hotel Restaurant "SAEZ" Estación de Baeza	LA FERROVIARIA BARBERÍA Estación de Baeza	RAMÓN TEJADA SUAREZ MERCERÍA Plaza Sagasta, n.º 4 Cazorla (Jaén)
En preparación "El eterno sofisma" novela de J. León Domínguez Esteban	Ant.º Pérez Murillo Representaciones Zalamea de la Serena (Badajoz)	Madrina de guerra solicita Inocente Fernández Ordoñez Sargento del 3.er Tabor Harka de Tetuan. - Aixdir	Carneceria «La Española» Carnes de vaca y cerdo de 1.ª Embutidos Alfonso Fernández Alcazarquivir (Marruecos)
Mariano Sánchez Antolínez Destilería de aceites esenciales Representaciones Tabernas (Almería)	M. GARCIA Centro de Representaciones Fábrica de medias y calcetines "ARIADNA" Tabernas (Almería)	Juan Rueda Calatrava Armería efectos de caza y explosivos Tabernas (Almería)	José Fábrega Muñoz Depósito de Benoina marca "Clavileño" LOS YESOS Tabernas (Almería)
Fábrica de Muebles de Francisco Barrios Real, 17. - Valdepeñas Exportación a Provincias	ACADEMIA MAZAS INGENIEROS - ARQUITECTOS (internado especial) Pidanse Reglamentos Valverde, núm. 22. - MADRID	LA INDUSTRIAL Antonio González Estrada Carpintería mecánica Se facilitan presupuestos P. del Teatro Alfonso XIII Alcazarquivir (Marruecos)	
MIGUEL DE VERA Agente Comercial y de Seguros Generales en Guadalajara y su Provincia. Sncursales en Madrid y Pastrana CHILOECHES (Guadalajara)	FÁBRICA DE SOMMIERS de Aurelio Hurtado Buensuceso, 11. - Valdepeñas Exportación a Provincias	"FINO CRIADO" José Criado Pino Aguilar (Córdoba)	BAZAR ALBA Ampliaciones en semi-es- malte y bromuro TANGER
¡YA SALIÓ! "Villalta el triunfador" Magnífico pasodoble dedicado al diestro aragonés. Lujosísima edición para canto y piano. Magnífica portada. El último éxito musical registrado en España. Pedidos directamente a los autores: Fernando Luna, Fuenclara 2, ó Emilio Sáez, Cádiz, 3, Zaragoza.			
Antonio Alba Frías Taller de mármoles, Co- fres, lápidas y piedras hebraicas. Calle de Fez Tánger	BAR EL "9" Bebidas y licores de las mejores marcas Tapas variadas Alcazarquivir (Marruecos)	Pablo Pérez de la Encina Agente de Seguros Comisiones y Representaciones Albares (Guadalajara)	Ignacio Gil Hoyos Sastrería y Confecciones Cáceres
JAMONES a 4 pts. Kg. Valentín García Bogajo Lumbrales (Salamanca)	Hotel, Café y Restaurant BURGUÑO Calefacción en todas las habitaciones Peñaranda (Salamanca)	Francisco Cabrera Barbería El Gastor (Cádiz)	EL SIGLO - Tejidos Viuda de B. Cepas Paquetería, Ferretería y Coloniales Marchena (Sevilla)
Viuda de Manuel Benito Ultramarinos, Tejidos, Paquetería al por mayor Automóviles de alquiler Puebla de Yeltes (Salamanca)	Desiderio B. Díez MÉDICO Olmedo de Camaces (Salamanca)	Francisco García Comisionista matriculado Cartaya (Huelva)	Sastrería Eclesiástica de Severino Agreda Calle de Ruiz Zorrilla, 10 Burgo de Osma
JUAN ANT.º G. SALMERÓN admite representaciones con especialidad Licores y Aguardientes San Antón, 7 Manzanares (Ciudad Real)	Fábrica de capachos de fibra de coco para Prensas Hidráulicas pedidos a José M.ª Juliá Albaida (Valencia)		

